

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN EL VALLE DEL RÍO GRANDE DE SAN JUAN (PUNA ARGENTINA)

Por PEDRO KRAPOVICKAS y EDUARDO M. CIGLIANO

En enero de 1960 los autores efectuaron, con la colaboración de los señores G. A. Austral y Omar Molina, un viaje al valle del Río Grande de San Juan o San Juan Mayo. Este viaje fue financiado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. En esa oportunidad se visitaron y exploraron varios lugares ya conocidos y se efectuó el hallazgo de un conjunto de grabados rupestres.

El valle del Río Grande de San Juan o San Juan Mayo es una zona cuya arqueología despertó el interés de los científicos y viajeros del país desde muy temprano. Las primeras publicaciones sobre el pasado prehispánico de la Puna Argentina, traen datos sobre la arqueología de esta región. Son los trabajos de Lehman-Nistche y Ambrosetti de 1902. Aquí se describen los materiales obtenidos en 1896-97 en el San Juan Mayo y otros sitios por el señor Guillermo F. Gerling, naturalista viajero del Museo de La Plata.

A fines de la segunda década de este siglo el río Grande de San Juan fue el escenario en el que se inició la serie de trabajos fundamentales del ingeniero Wladimiro Weiser. Este valle y sus zonas vecinas fueron la meta de la primera expedición que financió don Benjamín Muñiz Barreto con el fin de formar su famosa colección. Weiser estuvo allí en diciembre de 1919, en esta primera ocasión acompañado por Carlos Schuell, el aficionado arqueólogo de Tilcara. Weiser regresó dos veces más al Río Grande de San Juan, en abril y marzo de 1920 y en enero de 1921. Esta última vez lo acompañó Salvador Debenedetti. De estos viajes han quedado las libretas de campaña de Weiser y una publicación de Debenedetti (1930) que han sido nuestras principales guías en los trabajos. Todos los lugares en los que trabajamos en 1960, salvo el sitio con grabados rupestres, habían sido visitados ya por Weiser entre 1919 y 1921 y figuran en sus libretas y en su mapa.

Desde entonces el Río San Juan Mayo, nunca más visitado por

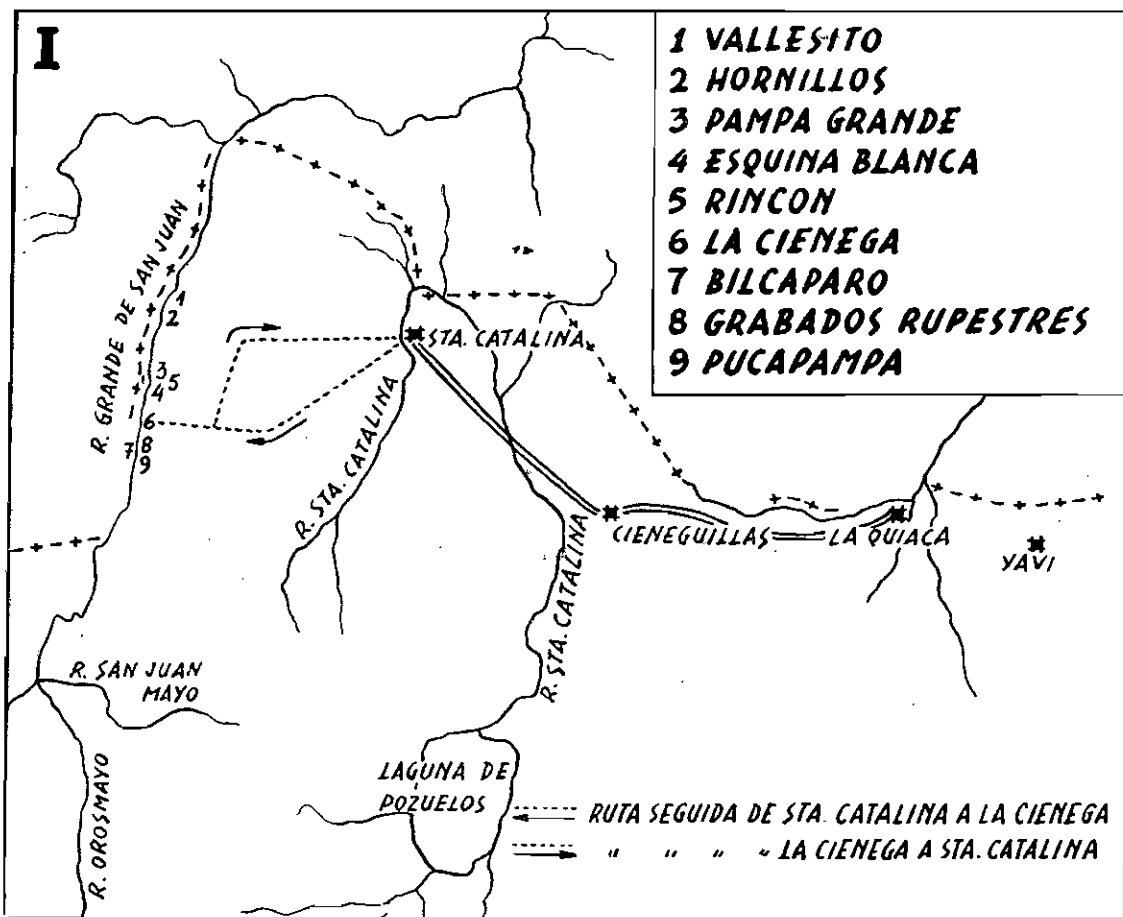
arqueólogos, constituyó una meta lejana y misteriosa, a la que nosotros pudimos llegar otra vez. Lo que allí vimos, pretendemos verterlo en estas páginas, para tratar de ampliar el conocimiento de la arqueología de ese remoto rincón de nuestro país.

Como descripción del camino que conduce hacia el Río Grande de San Juan y el ambiente que atraviesa, es difícil que pueda superarse la que escribió Debenedetti en 1930. Remitimos al lector a esas páginas del arqueólogo literato, mucho más amplias y detalladas que las nuestras. En aquellos tiempos el viaje se hacía a lomo de mula y su trazado difería en ciertas partes respecto al actual, recorrido en automotores. Pero el ambiente ha permanecido absolutamente idéntico y sus pobladores, a pesar de haber trocado a veces la mula por la bicicleta, son los mismos.

El río Grande de San Juan (fig. 1) señala la división de fronteras entre nuestro país y Bolivia en el extremo Noroeste de nuestra patria. Esa frontera se establece entre el departamento de Santa Catalina, provincia de Jujuy por el lado argentino, y el departamento de Sur Lipez en Bolivia. El punto de partida para llegar hasta el valle es La Quiaca, estación terminal de los ferrocarriles argentinos. De allí el camino sale hacia el Oeste y debe atravesar una cadena montañosa que separa los valles más orientales, donde está situada La Quiaca de la Llanura de La Laguna de Pozuelos. En este sector montañoso el panorama es bastante accidentado y el camino sinuoso.

Antes de iniciar el ascenso de esas serranías, situadas al occidente de La Quiaca, el camino pasa próximo a un yacimiento arqueológico ubicado a unos 8 kilómetros de esa localidad, sobre una de las primeras estribaciones. Se denomina Pueblo Viejo. Obtuvimos datos sobre él de un poblador de La Quiaca, el señor Limperis, griego de origen, quien resultó muy útil como guía. Este sitio no fue visitado por los miembros de la expedición. Por la descripción obtenida se debe tratar de una población indígena reducida, como es tan corriente en nuestra Puna, construida sobre una elevación para su mejor defensa. Aunque poco valor descriptivo puede otorgarse a los topónimos de nuestro Noroeste, salvo el de servir como elementos de localización de yacimientos, el nombre de Pueblo Viejo, podría indicarnos que esta población carece de construcciones defensivas.

En esa primera cadena montañosa que cruza el camino, el paisaje es característico. Se atraviesan varios arroyos y quebradas, se remontan otras y se pasa por la localidad de Tafna. Son cadenas típicamente puneñas, no muy altas con respecto a las llanuras que se extienden a sus



pies. Muy gastadas y suaves apatecen cubiertas por la típica flora desértica de la región.

Después de trasponer esta cadena montañosa se entra en la verdadera Puna, atravesada por el río de Santa Catalina. Este río tiene un primer trecho con dirección sur-norte (sobre esta porción está la población de Santa Catalina) y luego tuerce violentamente para adquirir una dirección norte-sur completamente inversa. Desemboca finalmente en la laguna de Pozuelos por el norte. Esta laguna está alimentada también, por el sur, por el río Cíncel.

Penetrando en la llanura de Pozuelos llega el camino a la localidad de Cieneguillas, nudo importante de caminos que se dispersan hacia los cuatro puntos cardinales. Es la sede de un puesto de gendarmería y en su plaza se levanta el antiguo mirador (Debenedetti 1930, pág. 13, ver su estado original en fig. 1), hoy completamente reconstruido, utilizado por los guardias aduaneros para vigilar la frontera.

Cieneguillas está situado en pleno páramo puneño. Se observan aquí las características plenas de la Puna. Llanuras uniformes semidesérticas de suelo sembrado con material rocoso minúsculo y cubierto de vegetación achaparrada de color verde terroso. Bajos y lagunas tachonan la superficie uniforme y, a lo lejos, un intenso espejismo, imita, en los días de sol, enormes e infinitos lagos. Más allá de Cieneguillas una serie de pantanos interrumpen el camino y hacen muy dificultoso el traslado directo hacia Santa Catalina, especialmente en los períodos de mayor pluviosidad. En nuestro viaje hacia el Río Grande de San Juan, tuvimos que enfrentarnos continuamente con serios problemas que ocasionaban las lluvias. El mes de enero de 1960 fue particularmente lluvioso. Las precipitaciones se extendieron por todo el altiplano y provocaron interrupciones en las comunicaciones ¹.

Después de Cieneguillas la ruta cruza el río de Santa Catalina en su curso inferior. Luego, al finalizar la llanura, se atraviesa otra cadena montañosa baja y se llega a la localidad de Santa Catalina, población

¹ En las investigaciones de nuestro Noroeste uno de los obstáculos más serios lo forman las lluvias estivales. Tradicionalmente nuestros científicos, generalmente dedicados a la enseñanza universitaria, han efectuado sus trabajos de campo en las vacaciones de verano. Nuestra experiencia en el Río Grande de San Juan nos ha demostrado plenamente que el verano es la peor época para efectuar investigaciones de campo en el Noroeste, dadas las copiosas precipitaciones. A esto es necesario agregar el carnaval, aunque aparentemente se trate de un elemento que parece ajeno a una investigación de carácter arqueológico. En el Río Grande de San Juan esta celebración se inicia un mes antes de la fecha señalada y es imposible obtener peones o cualquier otra colaboración para los trabajos durante todo ese período.

moderna que ha quedado completamente alejada de las vías de comunicación importantes. Antes de la creación del ferrocarril a La Quiaca y Villazón, casi todo el comercio con Bolivia cruzaba la frontera por estos parajes. Seguía la antigua ruta que por la Puna venía desde las cabeceras del Valle Calchaquí y pasaba por Salinas Grandes, Casabindo, Abra de Queta y Cochinoca. La construcción de la vía férrea produjo el abandono de ese camino tradicional y la decadencia de las poblaciones que sobre él se levantaban. Pero al contrario de Casabindo y Cochinoca, hoy casi desiertas, Santa Catalina posee aún cierta importancia ya que su situación fronteriza permite el establecimiento de numerosos comercios dedicados al contrabando. A esta actividad fundamental se agrega la comercialización del escaso oro que obtienen los habitantes aborígenes en primitivos lavaderos.

Con respecto al nombre del río Grande de San Juan en su curso principal, existe cierta confusión. En la bibliografía arqueológica, especialmente en el trabajo de Debenedetti, se lo llama San Juan Mayo. Pero los habitantes actuales desconocen esta denominación. Lo llaman Río Grande de San Juan o simplemente Río Grande. El nombre de San Juan Mayo es usado para designar un afluente meridional. Así figura también en la hoja N° 10 del relevamiento a escala 1:500.000 del Instituto Geográfico Militar. Según esta hoja, el río San Juan Mayo al unirse a los ríos Granadas y Orosmayo constituiría el Grande de San Juan. Interrogados los lugareños por el San Juan Mayo nos orientaban siempre hacia esta zona. Por ello emplearemos la denominación de Río Grande de San Juan, que es la actualmente usada en el lugar.

Las tierras en el Río Grande, en su curso superior, están divididas en dos grandes fincas, propiedad cada una de ellas de las familias Farfan y Saravia, residentes ambas en Santa Catalina. La finca de Saravia es la más septentrional, con su casa solariega en Pucapampa. Los trabajos los efectuamos en sitios situados dentro de sus límites y obtuvimos una ayuda muy importante por parte del señor Epifanio Saravia, su actual propietario.

De Santa Catalina salen varios caminos carreteros, transitados por camiones durante el invierno. Uno de éstos se dirige hacia el Oeste, hacia el Río Grande, a La Ciénaga (unos 30 Km de Santa Catalina), punto importante de la finca de Saravia donde funciona una estafeta y una escuela nacional. Como ésta era nuestra meta seguimos un camino algo distinto al señalado por Debenedetti y seguido también por Weiser y Schuell. En aquellos tiempos la senda principal, con un tránsito que imaginamos sería muy importante, conducía a Pucapampa, lugar de la

casa de la finca de Saravia, y que se sitúa al sur de La Ciénaga. Al perder Pucapampa importancia, La Ciénaga centralizó la escasa actividad de la zona.

Ese camino sobrepasa la sierra de San Francisco, que se interpone entre el curso superior del río Santa Catalina y el Grande de San Juan. El camino de vehículos llega hasta el borde del valle del río Grande. En este punto, denominado el alto de La Ciénaga, se interrumpe. El descenso hacia el fondo del valle del Río Grande es tan agreste y empinado que ha impedido el trazado de una carretera y se continúa hacia abajo por una sinuosa senda. En invierno llegan hasta el alto de La Ciénaga los camiones empleados, casi en su totalidad, para el transporte del personal que se traslada para la zafra azucarera. En el verano, los ríos crecidos hacen completamente imposible el uso de movilidad automotriz. Esa fue la razón por la cual nos vimos obligados a emplear animales para nuestro viaje a pesar de contar con una carretera más o menos transitable. El obstáculo más importante lo constituye el río de Santa Catalina, frente a la localidad del mismo nombre.

Ya en el río Grande de San Juan establecimos nuestro centro en La Ciénaga, en la escuela nueva, sobre la margen derecha del arroyo del mismo nombre. Las recorridas que efectuamos en la zona debimos hacerlas a pie, ya que debimos devolver a sus dueños tres de los animales de montar con que contábamos. Los dos restantes, pertenecientes a la gendarmería de Santa Catalina, se hallaban en muy mal estado y no pudieron ser utilizados. Por otra parte, dadas las dificultades para obtener pastos hubiera sido imposible mantener un alto número de animales.

Recorrimos así el río Grande de San Juan, en un trecho de 10 kilómetros. Esa dificultad fundamental nos impidió realizar excavaciones de gran envergadura, ya que no podíamos trasladar un equipo muy voluminoso. Pero logramos realizar una recorrida bastante intensa y completa de la zona, haciendo varios sondeos en diversos sitios.

Nuestras excursiones se vieron limitadas también por la creciente del Río Grande, que nos impidió cruzar a su margen izquierda. Aquí, ya en territorio boliviano, la visita a algunos sitios hubiera sido provechosa. La población indígena más importante situada sobre esa margen, según los datos de las exploraciones de Weiser, Schuell, Debenedetti y los informes obtenidos en el lugar, es Bilcaparo.

La zona recorrida en esta ocasión abarca desde Pucapampa hasta la desembocadura de la quebrada del Vallesito. Es notable el contraste entre la zona que está al oeste del río Grande y la región propiamente puneña que se extiende hacia el este. Antes de llegar a la cima de la

cadena de San Francisco, el camino pasa por un típico paisaje del altiplano. Primero pampas con suaves ondulaciones y luego serranías no muy abruptas, que, a pesar de ser bastante accidentadas poseen todas las características de las montañas antiguas. Pero más allá del Río Grande se divisa una zona muy quebrada, con una intensa erosión reactivada por el movimiento terciario y su prolongación durante el cuaternario. Sobre una base constituida por altísimas terrazas se levantan a lo lejos los imponentes nevados de los Andes, entre los que se destaca el Bonete. El río Grande de San Juan corre de sur a norte por una profunda falla que marca el límite entre el paisaje típicamente puneño y esa zona intensamente accidentada y elevada por los últimos movimientos orogénicos. Corre el río Grande, profundamente encajonado, entre varias cadenas longitudinales que le ordenan su marcado rumbo sur-norte. Al sur de Pucapampa y al norte de Esquina Blanca o Peña Blanca sus márgenes son más suaves y permiten el establecimiento de poblaciones sobre sus orillas.

En la actualidad, la vida en el valle del Río Grande de San Juan se desarrolla de una manera muy precaria. Las extensiones cultivadas son mínimas. La economía actual está basada fundamentalmente en la cría del ganado caprino y lanar de ínfima calidad y el cultivo de las escasas parcelas con habas, trigo, maíz, papas y alfalfa. Faltan en absoluto las mulas y los caballos y sólo existen dos bueyes, conservados con gran cuidado en Pampa Grande. Las poblaciones consisten en agrupaciones dispersas de viviendas simples en los bordes de los terrenos cultivados. Desde luego el cultivo se efectúa eminentemente con riego. Sólo hallamos construcciones más importantes en Pucapampa donde se levanta la antigua casa solariega de la familia Saravia, hoy abandonada. Hay aquí en las orillas del río amplios campos aptos para el cultivo, que se extienden a lo largo del río no más de 1 Km. En una generación anterior, el floreciente comercio de Santa Catalina, hoy reducido a un mínimo, permitió que los propietarios dedicaran mayores medios a la explotación y manutención de esta propiedad. Lo distante de su localización y lo difícil de su explotación han provocado su abandono.

Los habitantes del curso superior del Río Grande, porción visitada por la expedición, se mantienen muy aislados del resto de las poblaciones puneñas y mantienen un régimen de vida todavía bastante simple y singular. Hablan normalmente el quechua como idioma nativo y utilizan en sus cultivos la azada y diversos tipos de palos plantadores (fig. 2).

Las familias allí radicadas se ven obligadas a buscar fuera de la zona otros medios de vida. Así, los hombres se trasladan todos los años

a Jujuy para participar en la zafra. En algunas zonas, al abrigo de ciertas quebradas, especialmente hacia el norte de Peña Blanca, se han desarrollado algunos montes de churquis, cuya explotación como leña ha proporcionado un complemento a la economía lugareña.

En general, la vida actual en el curso superior del Río Grande de San Juan se nos presenta con un marcado grado de pobreza, si no de miseria. Es una de las zonas de peor desarrollo económico que hemos conocido hasta ahora en la Puna. Estas condiciones parecen mejorar, según informes obtenidos, mucho más al norte.

No creemos superflua esta visión sobre el presente modo de vida en la cuenca del río Grande, ya que puede sugerirnos un cuadro de la vida en las últimas épocas aborígenes. Los establecimientos indígenas son poco importantes y se limitan a las actuales poblaciones. Esto hace mucho más difícil su investigación, pues al superponerse ambos tipos de ocupación los restos indígenas resultan completamente destruidos, dispersados y ocultos por las poblaciones actuales.

En la última época indígena agroalfarera, de no mediar importan-



Fig. 2. - Instrumentos de labranza.

tes cambios climáticos, las condiciones imperantes deben haber sido muy similares a las actuales. Los núcleos de población indígena, salvo Bilcaparo, son muy reducidos y evidencian una economía no muy floreciente. Si comparamos al valle del Río Grande con otras regiones de la misma Puna como Yavi, también visitada por la expedición en 1960, podemos notar ese contraste. Los valles de Yavi y Yavi Chico son más húmedos y más abundantes en medios económicos. En cuanto a la arqueología surge también una diferencia notable. La zona de Yavi sirvió de asiento a una población indígena, el antigal de Yavi Chico, de vida económica y cultural mucho más rica. A medida que nos trasladamos desde el Río Grande de San Juan, en el extremo occidental de la Puna, hacia Yavi, en el extremo oriental, el enriquecimiento es paulatino. Al situarnos al este de La Quiaca todo cambia, aún el tipo humano. En el río Grande encontramos tipos indígenas más puros, en Yavi el mestizaje es absoluto.

El punto de partida del cual se efectuaron los trabajos durante la temporada de 1960, fue la Ciénaga. Desde allí fueron visitados los siguientes lugares: Peña Blanca, Pampa Grande, Hornillos y Vallesitos hacia el norte y Pucapampa hacia el sur; se reconocieron además grupos de enterratorios en grutas en las inmediaciones de todos estos sitios y se descubrió un grupo de grabados rupestres junto a la senda que conduce de la Ciénaga a Pucapampa (fig. 1).

Comenzaremos nuestra descripción por La Ciénaga. Esta localidad está separada del Río Grande de San Juan por una cadena longitudinal de acceso bastante difícil. La sierra de San Francisco está acompañada en su vertiente occidental por una serie de cordones paralelos a ella, que también se orientan de norte a sur. Estos cordones condicionan la falla por la cual se desplaza el río. En la latitud de la Ciénaga encontramos dos de estos cordones. Uno más oriental, donde está el lugar llamado el Alto de La Ciénaga; otro más occidental a cuyo pie corre el río. Queda formado así un pseudo valle longitudinal paralelo al curso del río Grande, que luego, más al norte, se transformará en el propio valle del río, al salvar éste la curva de Peña Blanca. Este valle interior es de fondo muy confuso, rellenado por los aluviones procedentes de las cadenas que lo limitan; fue profundamente erosionado a su vez por innumerables arroyos de cursos irregulares. Corren primero con un rumbo norte-sur, luego tuercen hacia el oeste y después de atravesar la serranía más occidental se precipitan al Río Grande por imponentes gargantas. En ese fondo intermontano se han formado en algunos sitios reducidas poblaciones. Una de ellas es la que nos ocupa (fig. 3).

Desde el Alto de La Ciénaga baja un típico torrente de montaña. El mismo, antes de traspasar la cadena occidental para llegar al río Grande, crea en un trecho llano condiciones aptas para el cultivo y el establecimiento del hombre. En este lugar está La Ciénaga. Sobre la margen izquierda del arroyo se extienden los reducidos campos de cultivo. Las viviendas de las cinco o seis familias que allí habitan se distribuyen alrededor de las tierras cultivadas, preferentemente sobre su borde oriental. Hacia el oeste se levantan de manera brusca las rocas de la cadena occidental. Algunos pequeños campos cultivados se continúan río abajo prendidos a las laderas de la garganta del arroyo. Sobre la margen derecha del arroyo queda una extensión de terreno aprovechable más reducida. Allí se sitúa la vivienda y chacra de uno de los pobladores y el edificio de la nueva escuela, donde fuimos alojados. Después de pasar por La Ciénaga, el arroyo penetra en una quebrada de paredes abruptas y luego de salvar diversos accidentes confluye con el Río Grande.

La comunicación entre La Ciénaga y el río Grande no puede hacerse de manera directa. Es menester desviar hacia el norte y descender por quebradas más fáciles. En la actualidad los terrenos de La Ciénaga, que



Fig. 3. - Visión de la población de La Ciénaga.

son cultivables por el regadío y por la existencia de algunas vertientes (ciénagos), no son explotados en toda su extensión. Se destaca así la profunda decadencia económica en la cual está sumida esta zona de nuestra más remota frontera.

Los restos arqueológicos en La Ciénaga están dispersos en el área actualmente poblada. No debió ser de ninguna manera el asiento de una población extendida. Los restos arqueológicos consisten en hallazgos de superficie y ruinas completamente destruidas de habitaciones rectangulares. Se las ve entre las viviendas modernas, especialmente en el extremo sur del poblado. También hay un pequeño núcleo de habitaciones al norte en una pequeña meseta que hay a cierta altura detrás de la escuela nueva. En todos los casos los recintos están señalados por paredes de una sola fila de piedra y la intensa erosión y la ocupación han destruido por completo los restos que pudieron haber contenido. Los sondeos realizados en varios de estos recintos no permitieron localizar los pisos. Por otro lado es abundante el material de superficie. Este consiste en cerámica de tipo tosco y abundante material lítico con formas primitivas y elaboradas asociadas.

Al oeste del pueblo de La Ciénaga, cerca del poblado, sobre altas laderas de la profunda quebrada, hay una serie bastante importante de andenes de cultivo. Tienen una extensión de mil metros y están en una posición realmente impresionante, suspendidos en lo alto de los faldeos sobre la garganta del arroyo de La Ciénaga. Los conjuntos más grandes se sitúan sobre la margen izquierda, es decir al sur del arroyo. Forman una sola unidad de andenerías que se extienden de manera irregular sobre las laderas bastante empinadas. Su sistema de construcción es similar al que se observa en otros lugares de nuestro nor oeste: escalones de tierra de por lo menos dos metros de ancho, protegidos por una baja pared de piedra (Fig. 4). Se ha practicado el sistema de regadío y se debe haber aprovechado tanto el agua del río de La Ciénaga como la de los torrentes que bajan en épocas de lluvia por las laderas de la montaña. No hemos podido determinar las tomas de agua, que deberían estar muy alejadas de las andenerías. Pero en el lugar se observa aún el resto de una de las acequias primitivas. Ésta no fue cavada, sus bordes están constituidos por piedras y su fondo es el fondo natural de la roca.

Como ocurre normalmente en los campos de cultivo desprovistos de habitaciones, no se efectuaron hallazgos de materiales arqueológicos en estas andenerías. Su disposición se observa claramente desde los cerros que se levantan sobre la margen opuesta al río.

Frente a las andenerías mayores, recién descriptas, en la orilla de-

recha del arroyo La Ciénaga, es decir sobre su margen norte, ha sido construída otra serie de andenes pero, en este caso, de menor extensión.

Los hallazgos arqueológicos de La Ciénaga proporcionaron, en especial, materiales líticos confeccionados en basalto: esquirlas e instrumentos terminados. Esta industria de basalto de La Ciénaga, si bien presenta ciertas características primitivas dada la gran abundancia de lascas y esquirlas, cuando se examinan los objetos terminados, resulta distinta de la del taller de Hornillos que describiremos más adelante.

En el lugar donde está la estafeta postal de La Ciénaga se encontró



Fig. 4. - Andenes de cultivo en La Ciénaga.

un conjunto de puntas de flechas muy elaboradas que evidencian una técnica de talla avanzada y a su vez tardía. Son 11 ejemplares que describiremos sumariamente:

1. Punta de flecha de basalto gris de técnica desarrollada, confeccionada mediante retoque a presión. Limbo muy aguzado y largo de forma triangular. Posee en la base dos aletas cortas también aguzadas. El pedúnculo es corto. Una cresta en cada una de las caras del limbo le da sección romboidal. Los bordes, muy rectos y uniformes son algo dentellados dado lo fino del retoque. Medidas: largo 37 mm, ancho de base del limbo 9 mm, largo del pedúnculo 5 mm, ancho del mismo 5 mm.

2. Punta semejante a la anterior, de basalto gris pero más pequeña. Cuerpo triangular isósceles muy aguzado. Bordes rectos, con dos aletas pequeñas en la base, pedúnculo más largo, trapezoidal, y recto en la base. Sección romboidal. Medidas: largo 30 mm, ancho de la base del cuerpo 9 mm, espesor máximo 6 mm, largo del pedúnculo 7 mm.

3. Punta de basalto gris similar a las anteriores pero de trabajo más imperfecto, ha sido tallada sobre una lasquita. El cuerpo es triangular isósceles con una aleta, la otra falta, el pedúnculo es trapezoidal, estrecho en su extremo y de base recta. Una de las caras de la punta es más plana ya que presenta el plano de lascado de la lasca original. La otra cara ofrece un abultamiento prominente en la parte inferior del cuerpo y se adelgaza en el ápice. La sección es irregular por lo tanto. Bordes dentados. Largo 32 mm, ancho 6mm, espesor máximo 5 mm, largo del pedúnculo 7 mm.

4. Punta de flecha de basalto con retoque a presión muy delicado. Cuerpo triangular isósceles aguzado. Una cara presenta retoques en serie regulares. La otra posee desprendimientos irregulares, debidos a retoques imperfectos. Posee cortas aletas en la base del cuerpo. El pedúnculo es de base recta y estrecha. Posee una cresta en una de las caras. Largo 25 mm, ancho 9 mm, espesor 4 mm.

5. Punta de flecha de basalto, con largos retoques a presión. Cuerpo triangular, con aletas reducidas. Pedúnculo trapezoidal, sección romboidal. Largo 22 mm, ancho 10 mm, espesor 4 mm, largo del pedúnculo 4 mm.

6. Punta de flecha de basalto finamente retocada a presión. Cuerpo triangular con crestas en ambas caras que le dan una sección romboidal. Con pequeñas aletas. Pedúnculo corto trapezoidal más estrecho abajo; bordes rectos. Largo 23 mm, ancho 9 mm, espesor 4 mm, largo del pedúnculo 2,5 mm.

7. Punta de flecha de basalto gris, limbo triangular isósceles con aletas cortas en la base. Pedúnculo trapezoidal. Sección romboidal por una cresta en cada una de las caras. Bordes con dientes apenas marcados. Retoque a presión que abarca ambas caras. Largo 23 mm, ancho máximo del cuerpo 9 mm, espesor 4 mm, largo del pedúnculo 5 mm.

8. Punta de flecha de basalto gris de limbo triangular de bordes convexos. Con crestas en ambas caras pero no pronunciadas, de sección romboidal. Es la punta más delicada de esta serie. Con hermoso retoque hecho a presión. Posee dos aletas pequeñas asimétricas en la base del cuerpo. Largo 26 mm, ancho máximo del cuerpo 8 mm, espesor 3 mm, largo del pedúnculo 6 mm.

9. Punta de flecha de basalto gris, cuerpo triangular, ápice truncado. Aletas algo más largas que en los restantes ejemplares. Retoque a presión. Las caras están aplanadas en la parte inferior del cuerpo. Las crestas son más notables en las proximidades de la punta. Largo 23 mm, ancho 10 mm, espesor 2 mm, largo del pedúnculo 6 mm.

10. Punta de flecha de basalto gris de limbo triangular, punta rota. Borde delicadamente retocado, con dientes muy pequeños. Pedúnculo trapezoidal de base recta. Sección romboidal. Largo 28 mm, ancho máximo 11 mm, espesor 4 mm, largo del pedúnculo 6,5 mm.

11. Pequeña cuenta de collar de malaquita pulida, cilíndrica, de orificio también cilíndrico. Diámetro 5,5 mm, espesor 9,5 mm, diámetro del orificio 1,5 mm.

Debemos mencionar como hallazgo aislado una punta de proyectil de material granítico de grano muy grueso. Su forma es elíptica. Presenta un extremo fracturado, el de la punta, y en el otro se insinúa un pedúnculo. La talla es bifacial y es semejante a las puntas de tipo Ayampitín. Los bordes son ligeramente dentados. Su sección es elíptica. Medidas: largo 60 mm, ancho 24 mm, espesor 9 mm.

El yacimiento de Peña Blanca se encuentra situado a 2 kilómetros de La Ciénaga. Aquí el río Grande despliega una pronunciada curva y sus aguas se precipitan constreñidas por las rocas. Las ruinas están en plena curva y miran hacia el norte. Más allá de Peña Blanca el río se amplía (Fig. 5) y sobre su margen derecha se extienden los campos de Pampa Grande. La quebrada de Peña Blanca desciende de las serranías orientales y en este punto se une al río Grande. Queda así el yacimiento limitado y protegido al este por aquella quebrada y al oeste y norte por el río Grande y su curva. La situación estratégica es excepcional. Desde las ruinas se divisa una importante extensión del río hacia el sur. Hacia el norte se domina todo el trecho del río, recto y amplio,

que se extiende a partir de Peña Blanca, durante tres kilómetros, hasta su próxima curva en El Mojón, y a la derecha se ven en toda su amplitud los cultivos de la Pampa Grande.

Por el oeste sobre la orilla boliviana del río se extiende el poblado de Casa Grande, donde confluyen una serie de quebradas que son importantes vías de comunicación, controladas todas ellas desde Peña Blanca. Otro tanto ocurre con los caminos que suben por las quebradas orientales a la sierra de San Francisco y conducen hacia lo que hoy es Santa Catalina.

El yacimiento arqueológico consiste en dos sectores. Contra la quebrada de Peña Blanca al este del sitio se extiende una pequeña meseta no muy elevada sobre las aguas del río. En ella se levantan las casas de una vivienda moderna. En el llano que se extiende frente a los ranchos y que constituye el patio de la casa, aparecieron tres tumbas saqueadas hace un tiempo. Se trata de simples fosos cilíndricos sin revestimiento alguno. Por el estado del hallazgo es posible suponer que fueron cubiertos por grandes lajas de piedra. Los actuales pobladores de



Fig. 5. - El Río Grande de San Juan, hacia el norte, en primer plano la curva de Peña Blanca, el curso amplio del río con Pampa Grande a la derecha y al fondo la curva de El Mojón y la desembocadura de la quebrada de Vallesito.

Peña Blanca removieron las tumbas y volvieron a enterrar píamente los restos. En una de las tumbas concentraron todos los hallazgos provenientes de dos de los entierros. Una tercera tumba, también revuelta, no proporcionó ningún material arqueológico, salvo restos óseos muy destruidos. Diversos sondeos efectuados mediante el trazado de zanjas no revelaron ningún otro hallazgo. Por tratarse de un yacimiento antiguo sobre el cual se han establecido pobladores actuales es muy difícil que éstos hayan dejado alguna tumba intacta.

Separado de este cementerio por una ligera depresión, aparece al oeste el poblado indígena. Se levanta sobre una ladera de la sierra y está rodeado por el oeste y por el norte por las turbulentas aguas del río Grande. El poblado no es muy extenso y desgraciadamente está hoy completamente destruido por los derrumbes. No queda ninguna vivienda intacta. A juzgar por lo que queda eran de paredes de piedra. En algunos sitios se observan, completamente cortados, gruesos pisos de habitaciones. Los torrentes que han socavado las casas y revuelto todo el material hacen imposible la realización de excavaciones metódicas. Por estas razones sólo pudimos limitarnos a una recolección de superficie.

Peña Blanca dada su extensión y situación es el yacimiento más importante. Junto con el de Bilcaparo constituyen las dos poblaciones indígenas más destacadas de la zona recorrida. No obstante esto, por sus dimensiones no puede nunca compararse con los núcleos urbanos de otras regiones más favorecidas de nuestro noroeste: valles Calchaquíes, quebrada de Humahuaca y aún la misma Puna. Confirmaría nuestra suposición de que el río Grande de San Juan no sostuvo en ningún momento una densa población indígena.

El hallazgo de cementerios con tumbas cilíndricas nos plantea un interesante problema de tipo etnológico. Se han dado para nuestra Puna, como típicos y casi exclusivos, los entierros en grutas impropriamente llamados Chullpas. Pero en algunas zonas se hace presente el entierro en tumbas cilíndricas. Los materiales del río Grande de San Juan se encuadran dentro del conjunto que Bennett (1948, p. 26) llamara "Puna Complex", que uno de nosotros (Krapovickas, 1958-1959) ha traducido por "Complejo de la Puna" y que por el momento constituye la entidad cultural agroalfarera más conocida del sector Boreal de nuestra Puna, al norte de Salinas Grandes. Como elementos característicos figuran los entierros en grutas. Habría que agregar como otro elemento más, perteneciente a ese Complejo, las tumbas cilíndricas agrupadas en cementerios.

El yacimiento de Peña Blanca o Esquina Blanca proporcionó materiales que podemos separar en dos grupos: a) materiales provenientes de las escasas tumbas saqueadas, b) materiales obtenidos en la recolección de superficie del poblado.

Los materiales de las tumbas saqueadas en el cementerio de Esquina Blanca son los siguientes:

Cántaro de Cerámica roja: Su pasta es de color rojo, muy bien cocida en atmósfera oxidante, con antiplástico de tamaño regular de piedra molida. Posee manchas grisáceas producto de la cocción que han afectado sus superficies y el interior de la pasta. Fue confeccionada con la técnica de los rodetes. Es de forma globular bicónica con un ángulo pronunciado en la mitad de su altura, donde tiene su diámetro máximo. La base es circular plana. La forma de su boca y borde es bastante compleja. Sobre su cuello corto se levanta la boca acampanada de paredes curvas. El borde es recto con un bisel hacia el interior del vaso. En el exterior la boca está separada del cuerpo por ese cuello corto. Interiormente la superficie curva de la boca se prolonga en una pared horizontal que estrecha la abertura y la separa del interior del cuerpo. Se asemeja así esa boca a un puco o escudilla colocado sobre una olla. Las asas son planas, verticales y se insertan en el borde y en el cuerpo. La superficie externa del vaso está cubierta por una capa gruesa de engobe rojo oscuro que se descascara. Sobre este fondo se ha trazado, en la mitad superior del cuerpo una banda geométrica que la contornea con superficies reticuladas y negras arriñonadas que se intercalan. En el exterior del borde hay una banda geométrica formada por volutas y triángulos. El color con el cual fueron realizados estos diseños es negro, pero aplicado en capa muy delgada de tal manera que los dibujos aparecen muy borrados y poco visibles. La altura del vaso es de 172 mm.

Otra aparición del motivo de superficies reticuladas y negras de forma arriñonada intercaladas, se ve en el interior de un puco publicado por Lehmann-Nitsche y procedente del cementerio II del río San Juan Mayo. (1902, 114, lám. V A, fig. 13). El interior del puco presenta una decoración muy borrada que según la reconstrucción que trae dicho autor (1902, 114, fig. 17) poseería este motivo. En Yavi-Chico se encontraron también vasos de diferentes formas con decoración similar.

Un vaso similar a este aparece reproducido en la obra de Bregante (1926, fig. 188); según esta autora pertenece a las colecciones del Museo Etnográfico de Buenos Aires y procede de Tilcara.

Escudilla hemisférica: Tiene una forma corriente en toda la región andina. Su pasta rojiza cocida en atmósfera oxidante y posee una textura

de grano fino. Las superficies son pulidas y muy suaves al tacto. Su base es convexa y su borde recto. Tanto interiormente como exteriormente aparece cubierta por un engobe de color rojo claro. Sobre éste se ha trazado una decoración geométrica en negro en un estilo muy especial. Los trazos son delgados y casi caligráficos. Por la delicadeza de la pintura, aplicada en capa muy delgada, la decoración ha desaparecido en gran parte. Como este plato ha sido utilizado en la vida cotidiana antes de pasar a integrar el ajuar de la tumba de Peña Blanca, su interior aparece completamente borrado y sólo se conservó parte de la decoración próxima a los bordes. Esa decoración consistía en bandas paralelas en cuyos interiores se trazaron triángulos y espirales. Exteriormente, junto al borde aparece una banda geométrica horizontal de triángulos y volutas. Este tipo cerámico no es extraño al río Grande de San Juan. Lehmann Nitsche en su catálogo (1902, p. 114, lám. V A, fig. 14) reproduce un plato similar con una decoración en el interior idéntica e igualmente borrado.

Esta decoración con carácter cursivo y caligráfico es similar a algunos de los motivos que aparecen en el interior de platos y escudillas del llamado estilo Paya Inca. Un motivo típico de ese estilo lo constituyen también las fajas de volutas y triángulos que aparecen junto al borde en el exterior de las escudillas. El ejemplar que acabamos de describir mide 117 mm de diámetro en su boca y una altura de 41 mm.

Escudilla fracturada: Es de cerámica roja, de paredes altas y borde curvo dirigido hacia adentro. Su base es circular plana. Aparece cubierta por una capa gruesa de engobe, tanto interior como exteriormente.

De las recolecciones superficiales hechas en las ruinas de la población podemos dar los siguientes tipos cerámicos:

a) algunos fragmentos de vasos chatos, elementos típicamente puneños (Krapovickas, 1958-1959, p. 57).

b) Fragmentos de escudillas o platos con bordes de formas complejas, de cerámica roja muy compacta, de grano muy fino, fracturas regulares, sin antiplástico.

c) Fragmentos de vasijas, generalmente escudillas, de cerámica roja, confeccionadas en atmósfera oxidante, algo más toscas que las anteriores, presentan como elemento distintivo una gran cantidad de antiplástico de color amarillento.

Los andenes de cultivo que se encuentran en el curso inferior del arroyo de La Ciénaga, y que fueran descritos en su oportunidad, no son los únicos que pueden verse en la zona del Río Grande de San Juan que hemos visitado. Terrenos con cuadros de cultivos se observan en la

quebrada de Pucapampa en las proximidades de su desembocadura, cerca de la antigua casa de la finca de Saravia. No son verdaderos andenes de cultivos, pues se extienden sobre terreno llano, en el fondo del valle. Paredes muy bajas formadas por una sola hilera de piedras, delimitan parcelas de una decena de metros de lado. Estas obras han tenido como finalidad proteger la tierra cultivable de la erosión y distribuir mejor el agua de riego, que provendría de un arroyo que corre vecino a estas construcciones. Aun en la actualidad se podrían reutilizar fácilmente estos sitios aprovechando el agua de ese torrente.

Otra localidad en la cual se visitaron importantes campos de cultivo antiguos, es Pampa Grande. Al norte de La Ciénaga el río Grande desvía algo su curso. Continúa corriendo de norte a sur pero, después de la curva que se ve obligado a hacer frente al yacimiento de Peña Blanca, se traslada un poco más hacia el este. Después de Peña Blanca el valle se amplía (fig. 5) y las aguas corren divagantes por un amplio lecho. Su margen occidental es abrupta. La margen oriental es más amplia y suave (Fig. 6). Descienden hacia ella laderas formadas por gruesos mantos de materiales de aluvión que bajan de los contrafuertes de la Sierra de San Francisco. Algo más al norte de Peña Blanca, la orilla del río está acompañada por una estrecha faja de tierra llana de unos doscientos metros de ancho y de dos kilómetros de largo. Esta es la

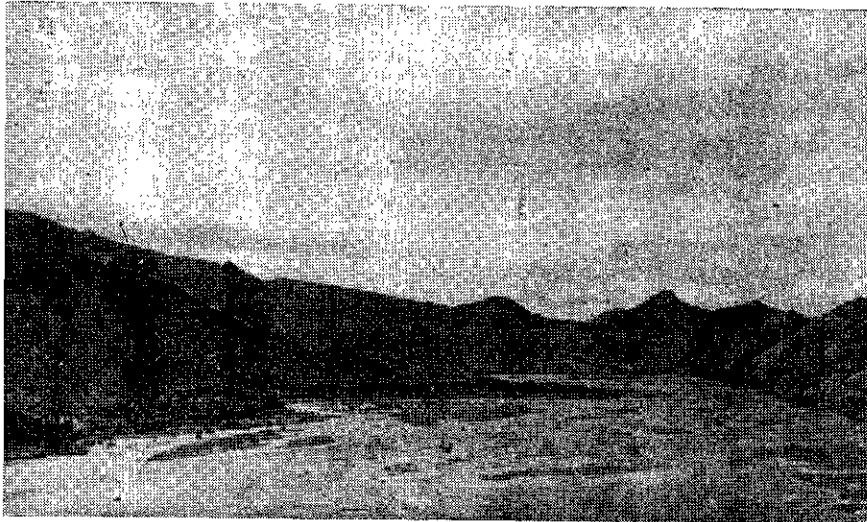


Fig. 6. - El Río Grande de San Juan hacia el Sur, a la izquierda la Pampa Grande, al fondo Peña Blanca.

Pampa Grande. Algunos arroyos que descienden de la montaña próxima la atraviesan. Entre estos está la quebrada Colorada, en cuya desembocadura se inicia la Pampa Grande y la Colorada Chica.

Esta extensión es llana y bastante apta para el cultivo por regadío. En la actualidad los terrenos cultivados son mucho más reducidos que los indígenas. Aquéllos están limitados a una estrecha franja, contra la playa del río, en la zona más baja. Son irrigados exclusivamente por acequias que toman agua del Río Grande. Los terrenos que fueron cultivados por los indios son mucho más amplios, ya que habrían sido regados por obras de irrigación más importantes que las actuales y con aguas provenientes no sólo del río Grande sino también de las otras quebradas.

La Pampa Grande es en la actualidad el lugar más floreciente de todo el curso superior del río Grande de San Juan. Las viviendas actuales se distribuyen dispersas a lo largo de toda la Pampa Grande. En los momentos de nuestra visita, casi todas las casas estaban cerradas, ya que las familias se encontraban en las tierras altas custodiando sus rebaños o en las casas que poseen en otros puntos del valle del río Grande. Es tan magra la tierra en este valle que las gentes poseen terrenos cultivables en diversas localidades del área en las cuales se establecen periódicamente. Se origina así una cierta trashumancia de la población en la zona, que se amplía y combina con su traslado a las regiones cañeras de Salta y Jujuy.

En la Pampa Grande no se localizaron viviendas indígenas. Es probable que no fuera sitio de habitación. Si hubo viviendas debieron ser transitorias y de materiales perecederos. La Pampa Grande sería el lugar cultivado por las gentes que habitaron el poblado de Peña Blanca. Ambos puntos están muy próximos y desde el segundo es posible observar y controlar la Pampa Grande en toda su extensión.

La mayor parte de la superficie de la Pampa Grande se ve cubierta de rectángulos de cultivos limitados por paredes de piedra. Estos rectángulos de cultivos son muy alargados. Su ancho oscila alrededor de los tres metros y su largo es de varias decenas de metros. Son en realidad largos alineamientos de pircas muy bajas que se extienden formando franjas de terreno paralelas al río. Existe un cierto escalonamiento, aunque no nos enfrentamos con verdaderas terrazas de cultivo. Periódicamente paredes transversales cortan estas largas franjas. En la parte llana estos alineamientos no sobresalen más de unos centímetros (de 5 a 10) sobre el terreno circundante. Pero se ven a simple vista y es notable su paralelismo y simetría. No podemos asegurar que ésta haya sido su altura original. El terreno en la Pampa Grande sufre una acentuada ero-

sión. A los costados de los alineamientos aparecen piedras sueltas desprendidas de las antiguas paredes. Es casi seguro que los pobladores actuales han desmantelado estas paredes para construir sus viviendas actuales. En algunos sitios más protegidos pueden llegar a tener una altura mayor, hasta de 30 cm.

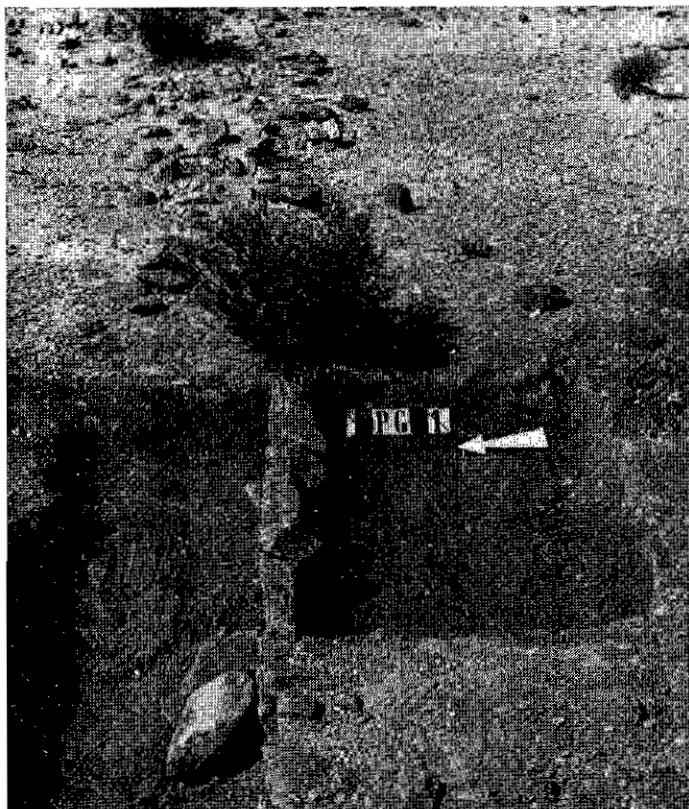


Fig. 7. - Excavaciones en la Pampa Grande.

Se hicieron hallazgos superficiales, casi exclusivamente consistentes en fragmentos de cerámica, pero no fueron muy abundantes. Efectuamos algunos sondeos (Figs. 7 y 8) para determinar con mayor precisión los materiales que pudieran aparecer y las características de las paredes que delimitan estos rectángulos de cultivo. Elegimos para ello el ángulo formado por uno de los alineamientos longitudinales y una de las paredes transversales. Esas paredes o alineamientos han sido construidas con piedras de reducido tamaño. Una fila inferior, enterrada como cimiento

hasta una profundidad de 20 cm del suelo actual, es muy regular en su construcción y fue hecha con piedras de un tamaño algo mayor. Sobre esta primera hilada se colocaron piedras mucho más pequeñas, en algunos casos cantos rodados, que constituyen la parte de la pared que sobresale del terreno. Su ancho no pasa los 15 cm. Nuestros deseos de encontrar algún piso consolidado no fueron satisfechos. Inmediatamente debajo del límite inferior de la pared se inicia el fondo estéril.

Como señalamos más arriba la Pampa Grande está atravesada por una serie de torrentes que se originan en las laderas de las montañas que se levantan al este del lugar. Aguas arriba, estos torrentes han formado quebradas de paredes bastante abruptas que recortan los sedimentos aluviales que se encuentran sobre aquellas montañas. En la parte llana de la Pampa Grande han cavado zanjones no muy profundos. Sobre los bordes de estos zanjones los indígenas han construido algunos andenes o escalonamientos cuyas paredes (Fig. 9) frontales están construidas por piedras de reducido tamaño. Estos andenes tuvieron como finalidad principal evitar el derrumbe y cortar la erosión de las aguas.

En conclusión, la Pampa Grande, cerrada al sur por la curva del río en Peña Blanca y al norte por la peña de El Mojón, es un sector

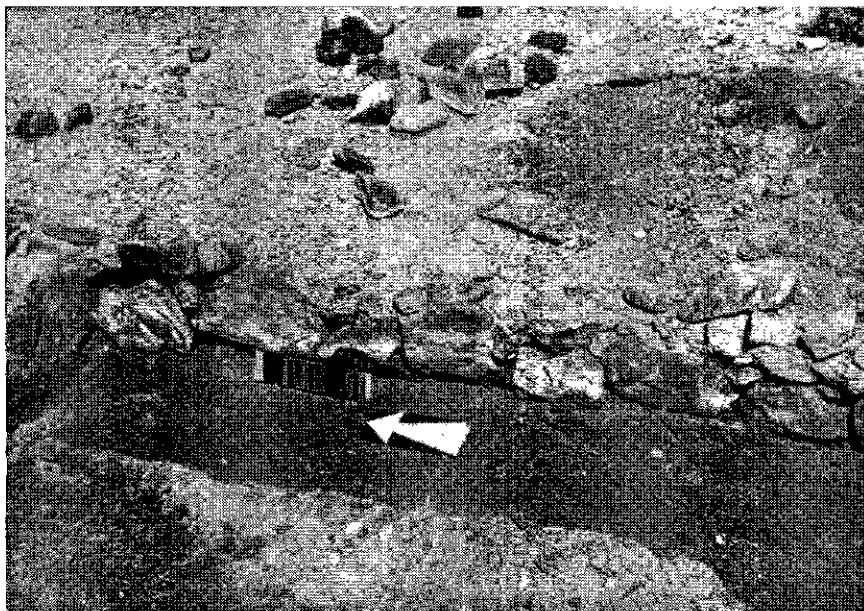


Fig. 8. - Muro de contención bajo en la Pampa Grande.

protegido apto para la agricultura. No existió allí población indígena establecida. Si la hubo tuvo carácter transitorio y con viviendas de materiales perecibles. Indica una vida económica más abundante en las épocas prehispánicas aunque siempre limitada por la pobreza de la

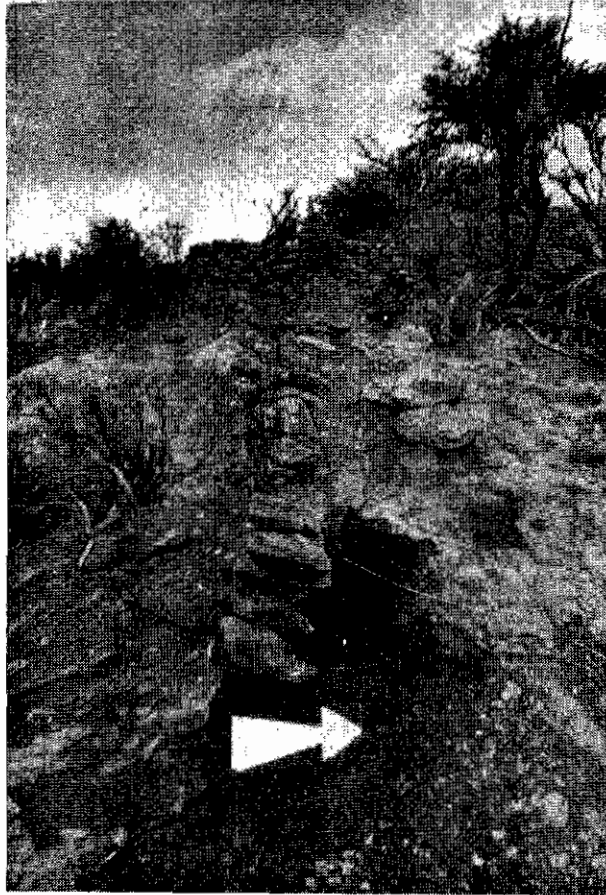


Fig. 9. - Muro de contención en los bordes de uno de los torrentes que cortan la Pampa Grande.

región. Se acentúa así el marcado estado de decadencia por el cual atraviesa actualmente toda esta zona.

El trazado tan cuidadoso de muretes en campos de cultivo casi horizontales o llanos tuvo dos finalidades principales: distribuir de manera más acertada y equitativa el riego proveniente del Río Grande

de San Juan y de las quebradas laterales, y, como finalidad principal, ser un complemento indispensable de la lucha contra la erosión que continuamente despoja al suelo de sus capas protectoras y fértiles. Actualmente el sector de cultivos indígenas está completamente abandonado. Los cultivos y las viviendas actuales están junto a la playa del río. Un renaciente monte de raquíuticos árboles, propios de la región contribuye a dar un mayor aspecto de desolación a toda esta zona, semidesértica hoy, pero que conserva aún los testigos de su antigua fertilidad.

En las excavaciones de Pampa Grande obtuvimos materiales cerámicos de tipos no decorados, todos fragmentados. Aquí también, como en Peña Blanca, pueden aislarse algunas clases:

a) Cerámica con engobe rojo: hay fragmentos pertenecientes a vasijas globulares que presentan en sus superficies externas un engobe rojo oscuro muy compacto que se descascara en ciertos lugares. La pasta de esta cerámica es de color rojo, cocida en atmósfera oxidante. Bastante compacta, generalmente no tiene antiplástico y presenta distintos grados de cocción. De igual manera varían las características del engobe que en algunos casos está aplicado en capa menos gruesa y puede variar de color hasta llegar a ser marrón.

b) Cerámica roja sin decoración con antiplástico blanco.

c) Pies cónicos de cerámica roja tosca.

d) Cerámica roja compacta, similar a la de las escudillas de Peña Blanca, muy bien cocida. Aquí en Pampa Grande parecen haber pertenecido a piezas de gran tamaño. La pasta es de grano fino, carece de antiplástico y sus fracturas son muy regulares. Las superficies sin engobe han sido alisadas.

La Pampa Grande termina al norte a los pies de un afloramiento rocoso, El Mojón, que estrecha considerablemente el curso del río y lo obliga a dar una nueva curva y a correr otra vez su curso más hacia el este. Sus aguas continúan dirigiéndose hacia el norte. Traspuesto este promontorio el río vuelve a adquirir amplitud y sobre el lado argentino, se extienden zonas llanas más o menos amplias similares a la Pampa Grande. Al pie del promontorio, hacia el norte se extiende la amplia desembocadura de la Quebrada de Cristal. Esta zona lo mismo que el promontorio reciben en conjunto el nombre de Mojón.

Hacia el norte de Mojón, a un kilómetro, desemboca por el lado argentino, la quebrada de Vallesito. Inspeccionamos su desembocadura, muy amplia, en la cual se sitúan algunas viviendas actuales. El lugar recibe el nombre de Hornillos.

Aguas arriba de la quebrada de Vallesito, sobre su margen iz-

quierda, a pocos kilómetros de su desembocadura se encuentran también andenerías, que fueron visitadas brevemente.

En Hornillos, es decir, en la desembocadura de esa quebrada, localizamos un taller lítico. Se extiende sobre una ondulación o meseta que se levanta sobre el río en el ángulo sud-oeste de la desembocadura. En la actualidad hay una vivienda moderna abandonada, "por temor al antiguo", según nos manifestara su antiguo dueño. Como única estructura indígena quedan los cimientos de una vivienda rectangular, constituida por dos habitaciones. En ésta se efectuaron sondeos. El resto del terreno está cubierto en una gran parte por materiales líticos, esquirlas, trozos de núcleos, instrumentos fracturados y cerámica. Efectuamos una recolección superficial que resultó bastante abundante en esquirlas y desechos. Los instrumentos terminados, enteros o fraccionados, constituyen una mínima parte de lo recogido.

Los objetos líticos son de los siguientes materiales: ópalo en distintas calidades y colores, calcedonia blanca y calcedonia roja, basalto y caliza. Los únicos instrumentos terminados son fragmentos de puntas de proyectil, posiblemente de flechas. Son todas ellas, como veremos, de forma elíptica. No fueron halladas en Hornillos puntas de flechas pequeñas de formas complejas, con pedúnculo, con o sin aletas, similares a las de La Ciénaga. Surge así el problema de poder determinar si esta industria lítica de Hornillos es contemporánea a los restos cerámicos de la misma zona. No hay en el yacimiento ningún elemento de tipo arqueológico que pueda determinar algo seguro respecto al problema cronológico. Los materiales líticos aparecen en superficie mezclados a fragmentos de cerámica. Los sondeos en la habitación que se levantaban en la meseta sobre la cual está el taller, proporcionaron restos cerámicos y líticos. Pero estos últimos pertenecen a una industria de basalto bastante tosca: son sólo esquirlas y una sola punta grande con pedúnculo y aletas. No aparecieron en la vivienda restos líticos de ópalo, basalto y calcedonia similar a la que se encontraron en superficie.

Dadas las condiciones de los hallazgos pueden expresarse tres posibilidades para su interpretación:

a) Una absoluta contemporaneidad de los restos líticos y los cerámicos; en este caso existiría una diferencia tipológica en relación con los materiales líticos de La Ciénaga, pues en Hornillos no hay puntas de basalto pequeñas con pedúnculo.

b) La industria lítica de Hornillos sería precerámica y se habría producido una mezcla debida a la instalación posterior de pueblos agroalfareros.

c) Podría tratarse de una perduración de formas culturales más antiguas en etapas más recientes.

Podemos dividir el material lítico de Hornillos en varios grupos: puntas elípticas de ópalo, puntas elípticas de calcedonia, puntas elípticas de basalto, desechos de fabricación de forma reconocible, otros materiales.

Puntas de ópalo:

1. Punta de ópalo de color rojo, con vetas grisáceas e incrustaciones de cuarzo. Una de las caras de la punta, seguramente la expuesta al aire, está patinada, pues presenta un color más oscuro y algunas concreciones. La otra cara carece de pátina y su color aparece más brillante. La punta es algo tosca, de forma elíptica. La talla es bifacial y la forma le ha sido dada por un retoque a percusión, irregular, seguramente debido a que la materia prima es más tosca también. Es espesa. Una de las caras es más plana. La otra ostenta una leve cresta, que la atraviesa de punta a punta, desviada hacia uno de los bordes. Esto le da una sección triangular con una cara planada. El filo es muy sinuoso y la pieza tiene el aspecto de una diminuta hacha de mano. Medidas: largo 55 mm; ancho 33 mm; espesor 17 mm.

2. Punta de proyectil fracturada de ópalo de color rojo con vetas grisáceas e incrustaciones de cuarzo pero de material más fino que la anterior. Las superficies son brillantes. La forma es elíptica. La talla es bifacial con retoque a percusión. Está tallada con cuidado, pero sus filos son algo irregulares aunque no tanto como los del ejemplar número 1. Una cara es más plana que la otra que presenta una ligera cresta. Los filos no han sido retocados. El extremo de la punta que se conserva posee un tallado algo más cuidado en la cara más convexa, que en el resto de la pieza. Largo actual: 30 mm, ancho 28 mm, espesor 9 mm.

3. Fragmento de punta de proyectil de idéntico material. Su forma es elíptica algo asimétrica. Ha sido tallada sobre una lasca con un retoque a percusión bifacial. Una de las caras está completamente tallada con una cresta similar a las puntas anteriores. La cara opuesta tiene un tallado parcial ya que presenta gran parte del plano del lascado. Tiene así una sección de forma triangular. Es posible que la pieza haya sido abandonada antes de terminada. Sus filos son regulares. Largo 28 mm, ancho 26 mm, espesor 7 mm.

4. Base de punta de proyectil de ópalo gris claro. La forma de la punta completa debe haber sido lanceolada. Posee talla bifacial similar a las de las puntas 2 y 3. En este caso el retoque bifacial ha sido bastante

cuidado y prolijo. El filo es muy regular. Largo 20 mm, ancho 33 mm, espesor 12 mm.

5. Punta de proyectil pequeña, de ópalo verdoso. De talla bifacial muy tosca. Su forma es elíptica. Una de las caras es plana, la otra tiene una cresta prominente. Es muy gruesa en relación con sus restantes dimensiones. No posee retoque secundario, sus filos son irregulares y su sección es triangular. Largo 34 mm, ancho 29 mm, espesor 11 mm.

Puntas de calcedonia:

1. Fragmento de punta de proyectil de calcedonia traslúcida, de forma elíptica. No puede deducirse por el fragmento la forma total del instrumento, pero es posible que haya sido la indicada. Fue confeccionada con gran cuidado y presenta un retoque superficial obtenido por presión. Los filos son regulares. Es muy delgada y plana, su sección es elíptica. Largo 25 mm, ancho 22 mm, espesor 6 mm.

Puntas de basalto:

1. Punta de proyectil pequeña, de talla bifacial, por retoque a percusión. Una de las caras está completamente tallada y es convexa, con una cresta. La otra es plana y sólo ha sido retocada junto a un borde. El resto de la superficie de la cara ostenta el plano de lascado de la lasca sobre la cual fue tallada. La forma es elíptica irregular. Su sección es triangular. Largo 35 mm, ancho 18 mm, espesor 8 mm.

2. Punta de proyectil de basalto, de forma elíptica. Uno de sus extremos está roto. Ha sido tallada por un retoque a percusión. Una de las caras es más convexa y ha sido tallada en toda su extensión; la otra es más plana y ostenta en partes el plano de lascado de la lasca original. Largo 27,5 mm, ancho 19 mm, espesor 6 mm.

Desechos de fabricación de forma reconocible:

1. Pequeño núcleo discoidal de calcedonia blanca traslúcida. Puede ser considerado como un micronúcleo. Ha sido usado quizás como raspador circular. Es de forma circular con bordes filosos. En un extremo presenta un reducido plano de percusión. Se le han arrancado pequeñas lasquitas-hojas en forma radial en sus dos superficies, empleando los bordes como puntos de percusión. La sección es biconvexa. Diámetro 25 mm, espesor 10 mm.

2. Pequeño núcleo piramidal de calcedonia blanca traslúcida. Posiblemente usado como raspador nucleiforme o piramidal. Ha sido tallado sobre una lasca, cuyo plano de lascado ha servido de plano de percusión. Se han desprendido hojitas alargadas a partir de este plano, las que arrancadas oblicuamente, originan el aspecto piramidal del

objeto. El borde presenta cierto retoque muy reducido, posiblemente producido por el uso. Altura 11 mm, diámetro 17 mm.

3. Núcleo de ópalo marrón amarillento de forma prismática. Su sección es casi rectangular. Presenta un amplio plano de percusión y sobre sus lados las huellas dejadas por las lascas u hojas que de él fueron arrancadas. Alto 55 mm, ancho 57 mm, espesor 29 mm.

4. Núcleo pequeño de ópalo rojo con vetas gris-azuladas. Presenta amplio plano de percusión. Es plano y su perfil inferior es curvo. A simple vista impresiona como la parte inferior de un instrumento lanceolado similar a los descritos anteriormente, pero es un verdadero núcleo reducido a su mínima expresión. Alto 35 mm, ancho 51 mm espesor 18 mm.

Materiales varios:

1. Lasca de calcedonia traslúcida con vetas blancas con retoques en los bordes. Se trata de una lasca de forma rectangular, que presenta en una cara parte del cortex del nódulo original y en la otra un amplio plano de lascado. En una cara, la externa, tiene un retoque pronunciado, a percusión, que ha afilado sus bordes. Largo 35 mm, ancho 26 mm, espesor 5 mm.

2. Tres cuentas cilíndricas de tosca calcárea, de forma irregular, gruesas. Los lados tienen facetas pulidas que forman las superficies curvas. No están finalizadas. Los orificios son bicónicos. Miden 20 mm de promedio de diámetro, el espesor oscila entre los 14 y los 7 mm.

3. Fragmento de instrumento de pizarra, posiblemente azadón. Es el único fragmento de azadón recogido por la expedición de 1960. Corresponde a la hoja del azadón pues el fragmento posee un filo pulido a doble bisel. Medidas: largo 60 mm, ancho 25 mm, espesor 6 mm.

El material lítico de Hornillos presenta ciertas características dignas de ser notadas. Encontramos, aunque limitadas en número, varias series de puntas de proyectil. Una de esas series está integrada por las puntas confeccionadas en ópalo de diversas calidades. Son puntas pequeñas obtenidas por un retoque a percusión, en algunos casos más tosco, en otros más cuidado. Sus formas son elípticas y poseen la característica de tener una cresta más o menos indicada en una de sus caras y una sección aproximadamente triangular en consecuencia. Su talla es bifacial. Otra serie está integrada por las puntas de basalto, y que si bien han sido talladas bifacialmente tienen una cara marcadamente más

plana que la otra. Puntas de este tipo parecen muy corrientes en este sector de la Puna, ya que las pudimos observar también en algunas colecciones arqueológicas de Santa Catalina y La Quiaca. Por la materia prima y por el tipo de talla, aunque no por su tamaño, ofrecen similitudes con las puntas saladillenses, consideradas como precerámicas. La serie anterior, aunque confeccionada con material distinto, posee también cierta similitud con esas mismas puntas saladillenses. El fragmento de punta de calcedonia parece pertenecer a un objeto más elaborado que se aleja en cuanto a su técnica de las piezas precedentes. Los dos pequeños núcleos de calcedonia evidencian un desarrollo técnico bastante alto obtenido por las gentes establecidas en Hornillos.

El material cerámico de Hornillos proviene de las recolecciones superficiales efectuadas en el sitio del taller y de los sondeos realizados en las viviendas que se encontraban en uno de los extremos de la meseta sobre la cual está localizado el taller. Son en su mayoría fragmentos correspondientes a tipos toscos, como ocurre en todos los yacimientos de la zona. Pero en los sondeos se encontraron los fragmentos de un vaso decorado. Es posible establecer algunos tipos también en las cerámicas toscas y sin decoración.

Cerámica decorada: Se hallaron los fragmentos del cuello y parte del borde de un gran cántaro. Su pasta es de color ante oscuro de grano fino y muy compacto. Posee abundante antiplástico de granos medianos de color ante también, pero más claro que la pasta. Está cocido en atmósfera oxidante, con cocción pareja. Fue confeccionado por la técnica de los rodetes. Por los fragmentos que restan es imposible determinar la forma del vaso. Sólo puede inferirse que tenía cuerpo globular amplio, cuello cilíndrico muy pronunciado y borde ancho dirigido hacia afuera. El espesor de las paredes es de 9 mm. Sería un vaso fuerte, pesado, de paredes gruesas. Su superficie externa está cubierta por un engobe pulido. Sobre éste se realizó una decoración consistente en bandas rojas que abarcan parte del cuerpo y del cuello. En la parte superior del cuerpo las bandas son horizontales. En el cuello son verticales. Sobre el color rojo se trazó un fino reticulado muy estrecho en color rojo más oscuro que el fondo. En algunos sectores de la superficie quedan trazos de líneas negras muy borradas. Estas líneas negras y toda la restante decoración pintada, fueron trazadas con una capa muy liviana de color.

En cuanto a la forma, existe una posibilidad de que se trate de un aríbalo o aribaloide. Los únicos elementos que hay para poder juzgar

cierta esta posibilidad son las características de los bordes fuertemente evertidos, la prolongación extremada del cuello cilíndrico, la limitación de ciertos motivos decorativos a una parte del cuello y la similitud de los reticulados a los de algunos aríbalos y aribaloides chilenos y del noroeste.

Cerámica con impresiones de telas: Se han conservado bases de vasos de cerámica muy tosca que presentan esta peculiaridad. La pasta es muy tosca de color rojo oscuro. Las paredes son espesas y las fracturas irregulares. La pasta es de grano con abundante antiplástico de piedra molida de grano grueso. Fueron cocidos en atmósfera oxidante. Han sido ellas de uso cotidiano, ya que presentan sus superficies externas cubiertas de hollín. Las bases circulares planas de estos fragmentos aparecen contorneadas por un reborde. En la cara inferior de esas bases se ven las impresiones de tejidos de trama muy unida pero de características toscas. Estas impresiones ocupan nada más que la base, se interrumpen en su periferia y no se prolongan por las paredes. Son las improntas dejadas por las telas sobre las cuales se colocó la arcilla que sirvió para confeccionar las vasijas. Hay bases que carecen de este detalle, pero pertenecen a ejemplares chicos. Los fragmentos de bases con impresiones de telas corresponden a ollas grandes. Posiblemente sean el resultado de una técnica especial. Las vasijas de mayor tamaño eran construidos sobre trozos de telas para poder hacerlos girar con más facilidad durante su confección y a medida que se iban agregando rodetes para elevar sus paredes.

Fragmentos con engobe rojo: Hay algunos fragmentos, muy escasos, recogidos en superficie, que presentan un grueso engobe rojo oscuro. Uno de los fragmentos corresponde a la parte inferior de un plato de boca ancha.

Otros tipos: También en superficie se encontraron fragmentos con antiplástico de granos blancos.

Las chullpas o entierros en grutas ofrecen un problema de difícil solución, por lo menos en la zona visitada por nosotros. Uno de los elementos más característicos del denominado complejo de la Puna (Krapovickas 1958-1959, p. 99) son sus formas de entierro. Han sido descritas muchas veces. Consisten en panteones o tumbas construidos aprovechando las concavidades de las rocas. Los cadáveres eran colocados en las oquedades o grutas, rodeados por sus ajuares y se cerraba la boca de las grutas con una pirca o pared de piedras unidas con mortero de barro.

Un primer problema surge en torno a la terminología empleada. Este tipo de entierro es denominado chullpa por los arqueólogos a partir de la publicación de Debenedetti de 1930: "Las chulpas en las cavernas del río San Juan Mayo", y se aplicó para toda el área puneña. En realidad es una denominación exclusiva de la cuenca del río Grande de San Juan. En el resto del territorio del sector boreal de la Puna Argentina, en la zona clásica de Casabindo, por ejemplo, los lugareños desconocen el nombre "chullpa". Llaman a estas construcciones "casitas". Pero inclusive en Río Grande de San Juan el real significado del término chullpa no sería el de entierros en grutas sino otro.

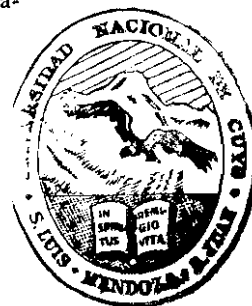
Uno de nuestros peones, Fidel Cabello, nos hablaba del "Chullpa propio", designando así al cadáver del "antiguo", es decir al personaje enterrado en una de esas frutas. De modo que el término no designaría un tipo de enterratorio sino al cadáver o a la momia contenidos en una tumba cualquiera.

Esta interpretación coincide con lo que ocurre en Bolivia y Perú.

Aquí los arqueólogos utilizaron la palabra chullpa para designar a los entierros en torres cilíndricas o prismáticas propia de la cultura Colla. Pero también en este caso esa denominación se habría originado en una errónea interpretación del mismo término por los primeros investigadores que trabajaron en la zona. Actualmente tratan los científicos bolivianos y peruanos de desecharlo pues la palabra indígena tiene el significado vago de antiguo, de prehispánico. Se la utiliza genéricamente para designar todo enterramiento o tumba antigua indígena prehispánicos y no se refiere a ninguna forma de sepultura especial. Es un sinónimo del "antiguo" y su derivado "antigal" de nuestro Noroeste, que se usa de una manera harto amplia también para designar a todo lo que se encuentra enterrado y sobrepasa en antigüedad a la época hispánica.

Para evitar todas estas ambigüedades y para utilizar una terminología clara y de valor universal, no restringida por el uso de nombres exclusivamente locales, preferimos aplicar la denominación de entierros en grutas.

Estos supuestos entierros en grutas son muy abundantes en la región recorrida por la expedición de 1960. Los sitios son los siguientes: Desembocadura del arroyo La Ciénaga sobre el río Grande de San Juan, al oeste de la localidad de La Ciénaga; desembocadura de la quebrada de Huasachaca, también sobre el río Grande de San Juan al sur de la Ciénaga, frente a las ruinas de Bilcaparo; conjunto de entierros en la cadena que limita al este al bolsón de la Ciénaga, habiendo concentra-



ciones mayores en el sitio denominado Rincón, al este del yacimiento de Peña Blanca y en la Quebrada de Cristal al este de la Pampa Grande.

Estos conjuntos de supuestos entierros presentan características similares a las descritas en la bibliografía especializada. En el trabajo arriba citado (Krapovickas, 1959), después de un análisis de todo lo publicado sobre el tema, uno de nosotros afirmaba que podían fijarse dos grandes tipos de estas construcciones en grutas. Uno estaría constituido por las construcciones que tienen frentes completamente cerrados y el otro por aquellas que poseen una estrecha abertura o ventana. Ese trabajo dice: "Junto a las chullpas propiamente dichas aparecen construcciones semejantes pero que presentan con respecto a aquellas, una diferencia fundamental. Tienen en su frente una pequeña ventana encuadrado por lajas. Los diversos autores que han tratado el tema las han considerado alternativamente como tumbas o silos. Actualmente se acepta que estas construcciones sirvieron para almacenar granos (Vignati, 1938). Pero no han quedado perfectamente aclarados los hallazgos de algunos restos óseos humanos en algunos de estos silos. Lo que podemos afirmar es que tanto las chullpas como los silos, tuvieran o no un mismo fin, han sido levantados por el mismo pueblo indígena".

Las construcciones del río Grande de San Juan corresponden en casi su totalidad al segundo grupo y serían por lo tanto silos. Pero una serie de consideraciones nos impiden clasificarlas abiertamente como tales y no hemos podido aclarar el misterio que las envuelve.

En cuanto a la forma, las construcciones del río Grande concuerdan con las descritas como silos. Varían de acuerdo a las condiciones de la cueva en la cual han sido levantadas. Pueden o no tener un techo en falsa bóveda. Sus ventanas están encuadradas por piedras y en algunos casos se han observado dinteles hechos con leños de churqui (cfr. Debenedetti, 1930, fig. 9). Se usaron piedras muy regulares unidas por abundante mortero de barro. En el barro han quedado las impresiones de los dedos indígenas que lo amasaron. En general evidencian una elaborada técnica constructiva.

Aunque los pobladores locales las consideran como tumbas, no se efectuaron hallazgos en las "chullpas" visitadas, salvo en dos. En una de esas construcciones, ya saqueadas, situada en la desembocadura de la quebrada de Huasachacra, aparecieron los restos óseos muy destruidos de un niño. En otra, una gruta de El Rincón, se encontró fuertemente pegado al revoque de barro de las paredes, un cántaro sin decoración, que será descrito más adelante. Los grupos de construcciones aparecen siempre en lugares casi inaccesibles. En las laderas que se levantan al



Fig. 10. - Los paredones de "El Rincón".

este del valle del río Grande, donde están los "Chullperíos" de Rincón y Cristal (Fig. 10), la erosión ha transformado los sedimentos aluvionales en profundas paredes completamente cortadas a pico. En algunas oquedades de esas paredes fueron levantadas estas construcciones los sitios son absolutamente secos y para llegar a ellos es menester a menudo trepar con sogas. Un número elevado, de muy fácil acceso, aparece destruido. Pero hay muchas intactas todavía, que están completamente vacías, salvo las excepciones que mencionamos más arriba. Es desconcertante la ausencia de todo ajuar o hallazgo en estas construcciones. Podría interpretarse como la resultante de un saqueo absoluto. Igual observación efectuó Debenedetti (1930): "Las numerosas sepulturas en cavernas que pude visitar estaban absolutamente vacías y limpias. La ausencia de todo indicio o rastro de una ceremonia fúnebre podría hacer sospechar que jamás fueron utilizadas y que aquellos sepulcros quedaron solamente preparados y listos para recibir cadáveres que nunca llegaron". En la restante documentación y bibliografía referente al Río Grande de San Juan encontramos un panorama igualmente desconcertante. Weiser encontró tumbas y cementerios vacíos sin aclarar mayormente a qué tipos pertenecían. Ambrosetti (1902, p. 86) después de describir este tipo de construcciones nos habla de las experiencias de Gerling: "El señor Gerling halló estos sepulcros que exploró con resultados satisfactorios en Casabindo (fig. 78) y visitó otros en el cañón del río San Juan de Mayo a seis leguas de Santa Catalina, algunos sin resultado, por lo que él cree que sirvieron de trojes para conservar las cosechas de maíz y algarrobo. Yo supongo más bien que sean tumbas vacías de las que se han extraído anteriormente los cadáveres".

Ahora bien, si fueron saqueadas alguna vez, como es corriente en todos los casos en los que así ocurre, encontraríamos dispersos en las proximidades de estas supuestas tumbas, restos óseos y del ajuar que dejaron los destructores de los entierros. Algo similar pasó con las tumbas de Peña Blanca, cuyo ajuar recogimos en proporción importante.

La carencia de todo indicio de ajuar en o cerca de estas construcciones es un argumento bastante valioso para no considerarlas como tumbas verdaderas. Queda entonces el interrogante sobre su uso.

Como ya lo indicara Boman (1908, t. II, p. 610) la estrechez de las ventanas impide colocar un cadáver a través de ellas, como así también retirar su contenido, paquete funerario y ajuar, para dejarlas vacías como se las ve ahora, sin destruir la pared que las cierra. Todo lo que antecede parece confirmar la suposición de Vignati (1938) de que las construcciones con ventanas se usaron como silos. Pero por otro

lado, no hay nada en las grutas del río Grande de San Juan que permita afirmar inclusive esto. Su situación, a veces casi completamente inaccesible, hace también difícil suponer esa posibilidad. Su construcción en esos lugares resultan verdaderos alardes de osadía por parte de quienes las levantaron y se animaron a trepar por lugares tan difíciles para dejarlas aparentemente vacías. Si fueron silos, sólo se explica su posición, por el deseo de poner lejos del alcance de los enemigos, las provisiones que pudieran servir durante un largo asedio.

Pero es indudable que el hallazgo de entierros en grutas cerradas por pircas (Von Rosén 1924, Casanova 1938), en otras zonas de la Puna y la mención de entierros en grutas, pero sin mayores especificaciones en el mismo Río Grande de San Juan (Lehmann Nitsche 1902, Debenedetti 1930) nos hacen relacionar, aun involuntariamente, a estas construcciones con ritos funerarios. En Peña Blanca hemos localizado, aunque saqueados, entierros en tumbas cilíndricas excavadas en el suelo, formando un reducido cementerio. De este modo tendríamos dos tipos de construcciones funerarias para la zona. No sabemos a ciencia cierta si ambos fueron contemporáneos o no. Pero por los escasos indicios obtenidos (el cántaro hallado en una gruta de El Rincón) parece que lo fueron. De ser así las construcciones de las grutas en las laderas escarpadas del valle del Río Grande de San Juan podrían ser, sepulturas simbólicas, que nunca contuvieron cadáveres pero que habrían servido de alojamiento a un espíritu o alter ego de un muerto.

La posición tan visible de estas construcciones hizo que se las violara desde muy antiguo, si es que algo contuvieron alguna vez. Esto hace cada vez más difícil la solución de este problema. El hallazgo de conjuntos de grutas sepulcrales intactas es casi imposible en el río Grande de San Juan. El río Doncellas proporcionó un número elevado de materiales supuestamente provenientes de entierros similares. En esta zona aparecen ambas formas con y sin ventana (Casanova, 1938). Desgraciadamente las colecciones del río Doncellas, junto con sus condiciones de hallazgo, han sido dadas a conocer sólo en parte mínima (Casanova 1944). Su publicación por quienes las excavaron y trabajaron revelaría el misterio que encierran las así llamadas "Chullpas".

El cántaro encontrado en una de esas grutas de El Rincón es de pasta tosca de grano grueso, con abundante antiplástico y fracturas irregulares. La superficie externa está alisada y aparentemente posee engobe. Su cuerpo es globular. Tiene un cuello cilíndrico bastante alto con bordes expandidos. La sección de los bordes es curva. Las asas son planas, verticales y están remachadas en el cuello. La base es circular

plana. Ha sido confeccionado con la técnica de los rodetes y cocido en atmósfera oxidante. Medidas: alto 275 mm, diámetro del cuerpo 248 mm, diámetro de la boca 225 mm. Posee fractura irregular.

De La Ciénaga a Pucapampa se va por una senda estrecha que cruza las quebradas que desembocan en el Río Grande. En parte de su trayecto desciende hasta el río y acompaña a su orilla derecha. Desde aquí pueden verse las inaccesibles y varias veces mencionadas ruinas de Bilcaparo.

Sobre este camino, al sur de La Ciénaga a unos 20 minutos de camino a pie, hay una serie de piedras con grabados. La senda cruza una de las numerosas quebradas que bajan hacia el río Grande y durante un corto trecho se dirige hacia el oeste. Al sur se eleva una ladera montañosa y al norte el fondo de la quebrada. A ambos lados de la ruta aparecen las piedras grabadas. Hay en total 12, las figuras están orientadas en general hacia el norte. Los grabados han sido realizados con la técnica del piqueteado que deja en la superficie de la roca superficies y surcos más o menos profundos. Los motivos son de tipo geométrico de complejos y sinuosos arabescos constituidos por espirales, círculos y líneas curvas y de tipo zoomorfo con figuras de llamas o guanacos y algunas serpientes.

Por la técnica y los motivos se pueden fijar dos grupos: A) grabados profundos de trazos regulares, con surcos de sección semicircular, de técnica más compleja, con motivos geométricos de arabescos de líneas curvas, etc.; B) grabados más superficiales con motivos zoomorfos. Las figuras de llamas son sencillas y aparecen en varios casos formando filas, como si el artista hubiera deseado representar manadas de animales.

A pesar de existir algunos grabados de clasificación dudosa, podemos afirmar que pertenecen al tipo A los grabados y las rocas con los números 3, 4, 6, 7, 8 y 10. Los del tipo B son los grabados de las rocas con los números 1, 2, 5, 9, 11 y 12.

La piedra número 1 (Fig. 11) es la más oriental, estando algo alejada del resto. Entre esta piedra y la número 2 hay 10 metros de distancia. El grabado aparece sobre la superficie lisa de una roca de forma irregular de aproximadamente 0,50 metros de ancho. Está a 3 metros al sur del camino. La figura representada es la de una llama de perfil, con su cabeza orientada hacia el este, es decir hacia la izquierda del observador. Es una silueta muy clara de 255 milímetros de largo y 240 de alto. Perteneció desde luego al grupo B. El cuerpo es largo horizontal



Fig. 11. - Grabado número 1.

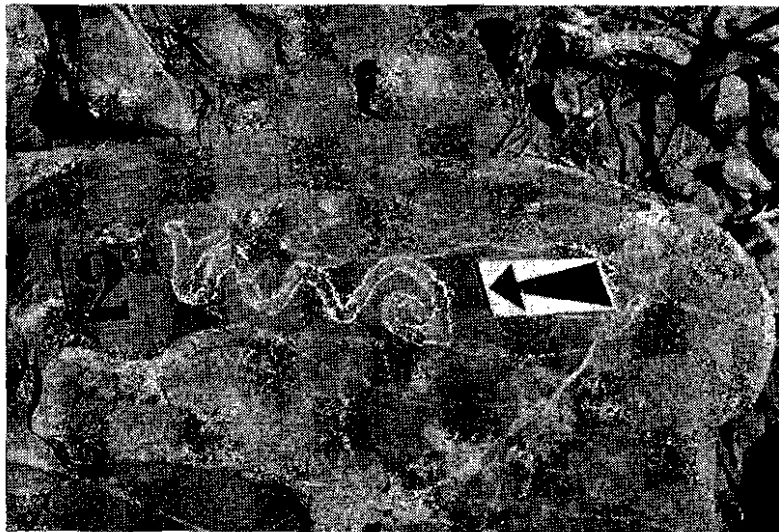


Fig. 12. - Grabado número 2.

y estrecho. Las extremidades y el cogote largo e inclinado tienen aproximadamente el mismo ancho. Del contorno simple, rectilíneo y concreto, sobresalen para caracterizar al animal que se quiso reproducir, el hocico, de perfil cuadrangular y las orejas y cola curvadas.

La piedra número 2 (Fig. 12) es la primera del núcleo más numeroso de grabados. Está junto al camino e igualmente sobre su lado sur. Sobre ella se grabó con la misma técnica simple, pero muy sugestiva, una figura de ofidio. Está representado por un trazo ondulante de 12 mm de ancho. Toda la figura tiene 225 mm de largo. Uno de los extremos de la sinuosa figura, el que suponemos es la cabeza, aparece bifurcado. No resulta claro así, si el artista ha querido representar a un animal bicéfalo o una culebra con las fauces abiertas. El otro extremo, presumiblemente la cola, se curva en una notable espiral.

Las piedras números 3 y 4 están al otro lado del camino, es decir al norte del mismo. Hay sobre la número 3 (Fig. 13) un grabado irregular de tipo geométrico, formado por dos círculos tangentes de distinto diámetro. Toda la figura tiene 350 mm de ancho. Su asignación a alguno de los grupos determinados es dudosa. Optamos por el A.

La número 4 es de forma muy irregular. Presenta dos grabados que se extienden sobre varias de sus caras. El 4 A (Fig. 14) es un complicado dibujo de meandros que se desarrolla sobre dos de esas caras de la roca. Pertenece al tipo A de diseños y la piedra se fracturó con posterioridad a su realización. El otro dibujo, el 4 B, consiste (Fig. 15) en una amplia superficie piqueteada con forma de cuadrúpedo. Hacia la izquierda de la misma, de lo que presumiblemente sería el cogote del animal, sale una banda que se curva varias veces. Toda esta figura tiene 310 mm de largo por 190 de alto. Podría interpretarse como un animal sujeto por una rienda. Pero de igual manera que el dibujo de la roca número 10, que ya describiremos, se trata seguramente de un diseño del tipo A rústicamente ejecutado.

La roca número 5 está igual que la 1 y 2 y todas las restantes al sur de la senda, a cuatro metros de ella. Ha estado en otra posición y al caer quedó invertida. Hay en ella una figura de llama con las extremidades hacia arriba. Es un dibujo simplísimo. El cuerpo, el cuello y la cabeza forman un mismo trazo casi horizontal, del cual se destaca hacia atrás la cola. Las patas son otros dos trazos paralelos del mismo ancho que el cuerpo: 15 mm. Actualmente, en su posición invertida, la figura del animal tiene la cabeza dirigida hacia el oeste.

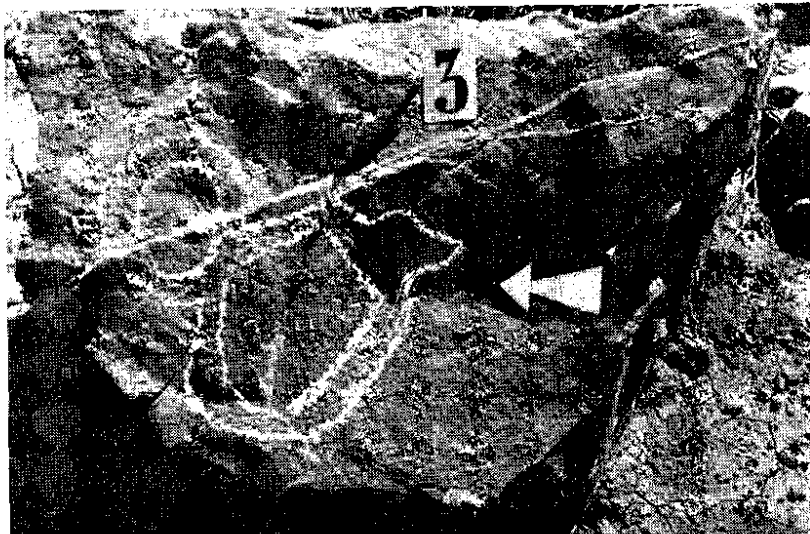


Fig. 13. - Grabado número 3.



Fig. 14. - Grabado número 4 A.

Originalmente miraría hacia el este. La figura tiene 165 mm de largo y 115 mm de alto.

A 2 metros hacia el oeste de la roca anterior, sobre el mismo lado del camino, está la roca número 6. Es esta una gran roca partida en dos grandes bloques y cubierta de grabados característicos del tipo A. Los dibujos fueron clasificados con letras de la A a la H. Todas estas figuras, junto con las de la roca número 8 son los ejemplares más característicos del tipo A de grabados. Son profundos y de sección curva. Forman combinaciones muy complicadas, laberínticas, de figuras geométricas en las que dominan las líneas curvas. Con círculos, meandros, líneas onduladas y combinaciones de espirales se han cubierto superficies con dibujos abigarrados pero que no dejan de ser atractivos. Los dos bloques son de forma más o menos rectangular. Están orientados de Este a Oeste, es decir que son casi paralelos a la senda. Uno de ellos, el más meridional es mayor, mide alrededor de 0,90 m de largo por 0,50 de ancho. El otro tiene 0,80 m de largo. Estas medidas son aproximadas.

Las rocas han sufrido fracturas con posterioridad a su decoración. Podría ser inclusive que la fractura que dividió a la gran piedra en los dos bloques en cuestión fuera posterior a los dibujos.

Los grabados se han hecho sobre las caras superiores de los bloques y sobre sus costados, salvo en las caras que corresponden a la



Fig. 15. - Grabado número 4 B.



Fig. 16. - Grabado número 6 A, C y D.



Fig. 17. - Grabado número 6 F y G.

fractura que los separó. Si bloque menor tiene los conjuntos de dibujos laberínticos más notables sobre su cara superior, 6 A (Fig. 16), sobre su extremo Este, 6 B y sobre su borde norte, 6 C (Fig. 16). Este último dibujo es muy simple, dado lo reducido del espacio disponible, consiste en dos espirales tangentes. Estos dibujos, además de ser los más representativos del estilo, son también los que han sido confeccionados con mayor dedicación. El surco piqueteado es profundo y tiene un promedio de 25 mm de ancho. El otro bloque también tiene dibujos sinuosos, 6 E, F, y H, en su cara superior y en sus costados (Fig. 18). En su borde Sudeste hay un largo grabado sinuoso de 0,77 m de largo, el 6 G, (Fig. 17), que parece representar una serpiente. Sus extremos se doblan sobre sí mismos formando espirales. Todo este conjunto 6 está a 2 metros al sur del sendero.

A 3 metros al oeste de los grabados anteriores y a 3 del sur del camino, está la roca número 7. El grabado consiste en dos figuras sinuosas borradas en parte, semejante a los meandros del tipo A. Las dos figuras en conjunto tienen 350 mm de largo.

El último grupo de grabados está integrado por las piedras número 8, 9, 10, 11 y 12. Están algo más alejadas del camino que las anteriores. Las rocas 8, 9 y 10 están a 5 metros de la senda. Las 11 y

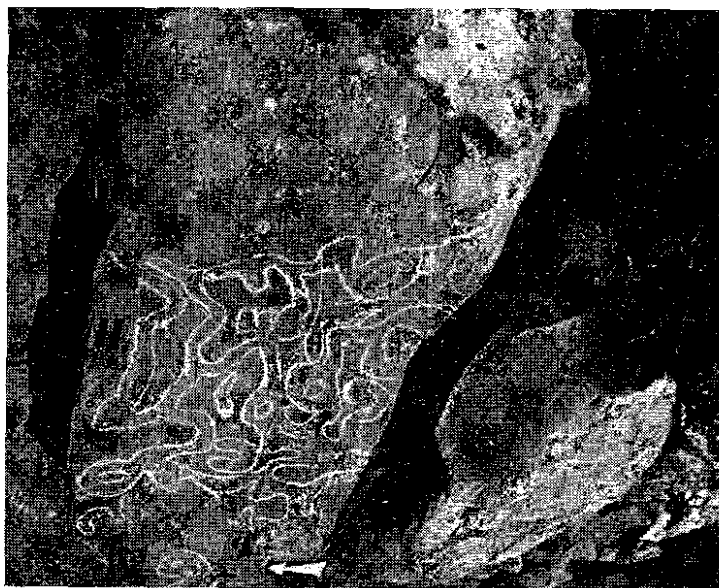


Fig. 18. - Grabado número 6 H.

12 están a 12 metros. Se hallan junto al lecho seco de un zanjón o torrente que, bajando de la ladera, atraviesa el camino. En el momento de nuestra visita estaba seco, pero algunas acumulaciones de arenas y material de arrastre muestran que en momentos de lluvias intensas las aguas deben escurrirse por esa canaleta. No es profunda, sino simplemente un lugar por donde las aguas al bajar de la ladera encuentran un camino más fácil para correr. Parecería que este conjunto de grabados fue dispuesto intencionalmente junto a este sitio por el cual en ocasiones pasa el agua.

La número 8 (Fig. 19) es la más grande de las piedras con gra-



Fig. 19. - Grabado número 8, "El Sillón".

bados y es la más visible desde la senda por su posición y tamaño. Sus medidas aproximadas son 1,50 m de altura y 0,80 de ancho. Por su forma escalonada los miembros de la expedición de 1960 la designaron con el nombre de "el sillón". La roca ofrece hacia el norte tres caras, una superior vertical, una oblicua, el "asiento del sillón" y una inferior nuevamente vertical. Todo ese frente norte está cubierto de grabados del tipo A de surcos profundos de 25 a 30 mm de ancho, similares a los del grupo 6. Son diseños geométricos curvilíneos, con espirales, círculos concéntricos, líneas sinuosas que forman una verdadera filigrana de piedra. En una primera visión esas sucesiones de meandros parecen figuras de serpiente. Pero un ligero examen muestra claramente su verdadero carácter geométrico curvilíneo. Las otras tres caras labradas tienen dibujos similares. Sólo en la parte más baja de la gran roca, junto a su borde inferior hay un diseño geométrico algo distinto. Es una figura formada por tres elipses concéntricas. La figura está interrumpida en el borde donde seguramente hubo fracturas.

Como dijéramos, esta roca es la más visible desde la senda. Su reconocimiento permitió el posterior hallazgo de los restantes grabados. A sus pies hay un hueco, ya rellenado por las aguas, resto de las excavaciones efectuadas para descubrir el supuesto "tesoro" allí escondido y cuya presencia estaría señalada por la piedra y sus signos.

La roca número 9 (Fig. 20), partida por una rajadura oblicua, está junto a la anterior. Hay dos llamitas. Ambas están dirigidas hacia la

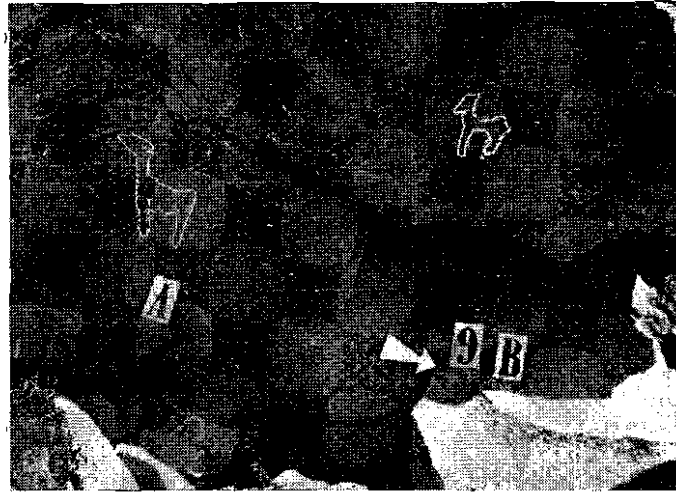


Fig. 20. - Grabado número 9.

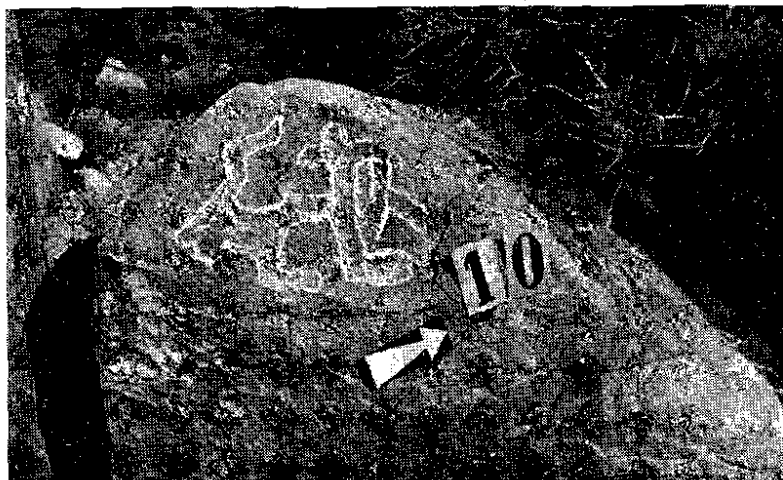


Fig. 21. - Grabado número 10.

izquierda del observador. La figura A es algo más grande, tiene 190 mm de alto y 150 mm de ancho. La figura B mide 115 mm de alto y de largo. Las dos son similares, grabadas superficialmente en la roca con estilo harto sencillo.

La figura 10 (Fig. 21), está junto a la 8, entre esta gran roca y la 9. En la parte superior de una pequeña piedra hay un grabado de líneas curvas y sinuosas. Es una figura de características ambiguas. Parece un animal de rasgos bastante complejos y fabulosos, pero se trata simplemente de un diseño del tipo A, ejecutado de manera rudimentaria. Lo que pudo relevarse de este conjunto, en parte borrado, tiene 210 mm de alto y 300 de largo.

Los grabados 11 y 12 están a 12 metros del camino, detrás de la roca número 8. La roca número 11 (Fig. 22) es la que ostenta, junto con la número 1, los grabados más representativos del tipo B. Es una roca cuadrangular, de 0,90 m por lado. Sus bordes están fracturados y las figuras grabadas han sido cortadas por esta fractura. Su posición actual no ha sido seguramente la original y fue removida y partida por los agentes naturales, de igual manera que muchas de las otras piedras. Las figuras grabadas están en varias hileras. En uno de ellas se ven las figuras de siete llamas en fila, con la cabeza dirigida hacia la derecha. Como la roca está fracturada hay sólo cuatro figuras de animales completas. De una de las restantes aparecen la cabeza y las patas delanteras y

otras dos las patas traseras y la cola. La serie de animales debió continuarse originalmente hacia uno y otro lado. Estas llamas tienen distinto tamaño. La más pequeña tiene 110 mm de alto y la mayor 180 mm. Por arriba de esta hilera de animales hay otras dos figuras de llamas. Están también una detrás de la otra y dirigidas a la derecha del observador. Tiene 190 mm de alto cada una. Son el resto de otra fila semejante a la anterior. Detrás de la llama de la izquierda se ven las señales de otra figura animal ya borrada.

Coronando el conjunto y en posición oblicua con respecto al resto hay una fila de figuras geométricas. Consisten en círculos de los cuales salen, hacia abajo, prolongaciones curvas. El tipo de grabado es semejante al que se utilizó para hacer los animales y su disposición en hilera, igual que las llamas, confirma que todo fue hecho por una misma mano. El largo de estas figuras oscila entre los 180 y los 200 mm.

En la roca número 12 (Fig. 23) hay dos figuras de llamas junto con restos de otra, las tres también en fila. Estos animales tienen sus cabezas hacia la izquierda del observador y miden 190 mm de altura.

Haciendo uso de la cautela que es menester en las afirmaciones



Fig. 22. - Grabado número 11.



Fig. 23. - Grabado número 12.

sobre la cronología y la interpretación de los restos arqueológicos, muy poco podemos agregar a esta descripción. Cuando se trata de grabados rupestres localizados al aire libre y con características tan generalizadas como los presentados, es muy difícil obtener suficientes elementos críticos para analizarlos en cuanto al contenido y al tiempo.

Sobre su significado, que debió ser religioso, podemos agregar lo que uno de nosotros expresara al describir el arte rupestre de Yavi, descubierto también en 1960 (Krapovickas, 1961). La actual senda entre La Ciénaga y Pucapampa sigue las huellas de un antiguo camino indígena, que comunicaría las poblaciones aborígenes de ambos puntos. La situación de los grabados junto al camino moderno lo confirma. Además, lo mismo que en Yavi (Krapovickas, 1961, p. 165), los grabados estuvieron en relación muy estrecha con esa antigua ruta. Esa relación debió ser de tipo mágico-religioso y las figuras tendrían un valor análogo al de las modernas apachetas, que son también de origen indígena.

De los dos tipos de grabados, el A y el B, es el segundo el único que ofrece algún elemento de consideración para su cronología. Siempre que se acepte que los animales representados no sean guanacos o vicuñas salvajes, sino llamas domesticadas, se podrían considerar desde luego como tardíos.

BIBLIOGRAFÍA

- AMBROSETTI, Juan B., 1901-2: *Antigüedades calchaquies. Datos arqueológicos sobre la Provincia de Jujuy*. En "Anales de la Sociedad Científica Argentina", tomos LII, LIII y LIV, Buenos Aires.
- BENNETT, Wendell C. y otros, 1948: *Northwest Argentine Archeology*. En "Yale University publications in Anthropology", N° 38, New Haven.
- BOMAN, Eric, 1908: *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*. Paris
- BREGANTE, Odilia, 1926: *Ensayo de clasificación de la cerámica del noroeste argentino*. Buenos Aires.
- CASANOVA, Eduardo, 1938: *Investigaciones arqueológicas en Sorcuyo, Puna de Jujuy*. En "Anales del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Buenos Aires", tomo XXXIX, Buenos Aires.
- 1944: *Una estólida de la puna jujeña*. En "Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología", volumen 3, Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, Salvador, 1930: *Chulpas en las cavernas del río San Juan Mayo*, En "Facultad de Filosofía y Letras, Notas del Museo Etnográfico", N° 1, Buenos Aires.
- KRAPOVICKAS, Pedro, 1958-59: *Arqueología de la Puna Argentina*. En "Anales de Arqueología y Etnología", Tomos XIV-XV, Mendoza.
- 1961: *Noticia sobre el arte rupestre de Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina*. En "Anales de Arqueología y Etnología", Tomo XVI, Mendoza.
- LEHMANN-NITSCHKE, Roberto, 1902: *Catálogo de las antigüedades de la provincia de Jujuy*. En "Revista del Museo de La Plata", tomo XI, La Plata.
- ROSEN, Eric von, 1924: *Popular account of archaeological research during the swedish Chaco-Cordillera Expedition*. Stockholm.
- VIGNATI, Milcíades Alejo, 1938: "Novísima veterum", *Hallazgos en la Puna jujeña*. En "Revista del Museo de La Plata", nueva serie, tomo I, Buenos Aires.